

La niña del almanaque

José Luis Miranda

PERSONAJES

ANTONIO SALAS, *más de 60 años. Policía jubilado.*
LAURITA RUIZ, *25 años. Escritora de horóscopos.*
SHERIFF MANHATTAN, *26 años. Cantante pop, natural de Antequera, casado con Laurita Ruiz.*
HERMANOS GÓMEZ, *60 años. Dueño o regente de la taberna-bar "El Oasis".*
AURELIA, *55 años. Mujer de Hermanos Gómez.*

Clientes de la taberna-bar «El Oasis».

PRIMER ACTO

Se apagan las luces de la sala. Se oyen sirenas de coches de policía. Y después, voces de mujer.

-¿Qué culpa tenía ella?

-¿Ella?, ¡ya ves tú qué culpa iba a tener!

-¿Pero qué es lo que ha pasado?

-¡Lo que tenía que pasar! ¡Hoy le ha tocado a ella!

-¡El inspector! ¡Que viene el inspector!

-¿Pero por qué la han matado?

-¡Cállate! ¡Que está ahí el inspector!

(Se levanta el telón.)

(Una cortina iluminada, en color pergamino, impide ver el escenario. A través de la cortina, se dibujan las siluetas o sombras de dos hombres vestidos con traje, sombrero y gabardina. Debe notarse que son policías españoles de los años sesenta. Uno de ellos se sienta junto a una máquina de escribir que inmediatamente teclea. Suena el teléfono. El otro policía coge el auricular. Oímos la conversación.)

-¿Eso es todo?

-Sí, señor comisario.

-¿El acusado ha firmado la declaración?

-Sí, señor comisario.

-A veces hay servicios especiales. Servicios que requieren un tratamiento distinto... ¿Comprende, Salas? Se llama usted Salas ¿verdad?

-¿Qué quiere decir, señor comisario?

-Que esa declaración es preferible que no haya existido. ¿Me entiende bien inspector?

-Pero...

-Destruyala. Destruya las pruebas. Es una orden. Ya sabe, inspector Salas: esa declaración no ha existido.

-Sí, señor comisario.

(Desaparecen las imágenes de los policías y se descorre la cortina color pergamino.)

(Taberna-bar «El Oasis». Época actual.)

(Sugerencia para la disposición del escenario:

La ambientación de taberna-bar puede estar construida sobre dos paneles colocados al fondo. El de la izquierda será más largo y tendrá en su centro un almanaque con la figura, a tamaño natural, de una mujer joven y atractiva, con muy poca ropa. En concreto, sólo se cubre con pequeño tanga.

Está de espaldas y tiene en su mano izquierda una botella en la que se anuncia una marca de bebidas. Parece que está arrodillada sobre arena, mirando al mar.

El panel de la derecha muestra estanterías con botellas y tiene delante la barra del bar.

La decoración, recargada y decadente, presenta arcos sostenidos por columnas. Entre los dos paneles queda un espacio por el que los personajes pueden acceder a una especie de trastienda en la que se ven máquinas tragaperras.

Además de lo descrito, deberán existir otras columnas con arcos entre las que se encuentran mesas y sillas para los Clientes del establecimiento.

En primer término, a la derecha, puerta a la calle con cierre metálico de lamas ciegas.

En escena un hombre de más de sesenta años, sentado frente a la fotografía del almanaque, bebe una copa de vino.

Se comporta como un cliente muy habitual. Sobre la mesa tiene una botella de fino y una ración de aceitunas. Es el INSPECTOR SALAS. A su lado, atendiéndole, otro hombre de la misma edad. Es HERMANOS GÓMEZ, regente de la taberna-bar «El Oasis».)

INSPECTOR SALAS.- ¡Tengo los recuerdos muy alborotados, Hermanos Gómez!

HERMANOS GÓMEZ.- Es que ya es muy tarde, inspector.

INSPECTOR SALAS.- ¿Qué hora será?

HERMANOS GÓMEZ.- Muy tarde.

INSPECTOR SALAS.- Con todas las aceitunas que me quedan, no puede ser muy tarde. Tengo hecho el cálculo.

HERMANOS GÓMEZ.- Hasta en los cálculos de puede uno equivocarse.

INSPECTOR SALAS.- Eres poco científico. La ciencia, hoy por hoy, es el alimento. Que lo sepas: son tiempos científicos.

HERMANOS GÓMEZ.- Será lo que sea, pero los cálculos engañan. Con los recuerdos pasa lo mismo: pueden engañar.

INSPECTOR SALAS.- No lo dirás por los míos.

HERMANOS GÓMEZ.- Más que recuerdos usted tiene pesadillas, si me permite la comparación.

INSPECTOR SALAS.- ¿Pesadillas? ¡Qué poco me conoces, Hermanos Gómez! ¡Qué poco conoces tú de la vida de Antonio Salas! Con los años que llevo sentándome en esta mesa, ¡y a pesar de eso qué poco me conoces!

HERMANOS GÓMEZ.- Conozco lo que usted quiere que conozca, inspector. Otra cosa no.

INSPECTOR SALAS.- Así tiene que ser.

HERMANOS GÓMEZ.- Dice Aurelia que si usted contara la mitad de lo que sabe íbamos a aprender lo que es la gramática, con sólo que contara la mitad de lo que sabe. Eso dice ella.

INSPECTOR SALAS.- ¡Pesadillas! Si quieres, las puedes llamar así, pero son verdades medidas en la memoria, verdades muy completas.

HERMANOS GÓMEZ.- Verdades a las que quizá les falte el desahogo...

INSPECTOR SALAS.- El desahogo es muy traicionero.

HERMANOS GÓMEZ.- Pero es preciso.

INSPECTOR SALAS.- Como si no lo fuera. Hay sucesos que no admiten comentarios. Por ley y por dignidad. Ya ves, yo estoy retirado y tengo necesidades humanas, pero conozco lo que es el secreto profesional.

HERMANOS GÓMEZ.- También se dice que, a veces, el secreto profesional lo que puede hacer es encubrir acontecimientos.

INSPECTOR SALAS.- (Levantándose.) ¡Esa suposición ya es una ofensa!

HERMANOS GÓMEZ.- No vaya usted a creer que es una suposición mía, inspector. Si lo he dicho es porque se lo he escuchado a usted más de una vez, cuando se sienta ahí y se queda cavilando y hablando con la fotografía.

INSPECTOR SALAS.- Sí lo he dicho, habrá sido como una reflexión. Sin afirmar nada.

HERMANOS GÓMEZ.- Por supuesto. Lo único que usted ha reflexionado es que hay acontecimientos ocultos que podrían hasta cambiar la Historia. Conocimientos de mucho compromiso; pero que no se pueden sacar, que tienen que estar guardados, porque cambiarían hasta la Banca, que es más que cambiar la Política.

INSPECTOR SALAS.- Es un buen pensamiento. **(Vuelve a sentarse.)**

HERMANOS GÓMEZ.- Si lo he dicho es porque se lo he escuchado decir a usted.

INSPECTOR SALAS.- Ahora sí es verdad que se están acabando las aceitunas.

HERMANOS GÓMEZ.- Hoy se las ha comido más despacio.

INSPECTOR SALAS.- ¿Sabes una cosa? Aquí se sienta un hombre con pruebas, no con pesadillas. Con pruebas guardadas que podrían remover cimientos. Guardarlas no es encubrir nada. Guardarlas es una protección. Es secreto profesional.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Sabe usted, inspector?...Aurelia, mi mujer, cree que en algunos secretos profesionales puede haber perjuicios. Lo dice porque sus pesadillas podrían no sólo perjudicarle a usted, por lo mucho que le visitan, sino que también podrían perjudicar a otros amigos de esta casa.

INSPECTOR SALAS.- ¿A quiénes llamas tú amigos de esta casa?

HERMANOS GÓMEZ.- Nosotros, gracias a Dios, hemos tenido siempre una clientela muy buena.

INSPECTOR SALAS.- (Interrogando profesionalmente.) ¿A quiénes llamas tú amigos de esta casa, Hermanos Gómez?

HERMANOS GÓMEZ.- A gente... gente muy generosa.

INSPECTOR SALAS.- ¿Qué gente?

HERMANOS GÓMEZ.- Inspector, que no son horas de interrogatorio, aunque esté mal el decirlo.

INSPECTOR SALAS.- No hay horas mejores.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Quiere usted otra copita?

INSPECTOR SALAS.- Si me tomo una de más, lo noto. Y además, que ya es muy tarde.

HERMANOS GÓMEZ.- Por la hora no se preocupe. Si quiere, se puede usted pasar aquí la noche entera. Cerrado está, desde hace rato. Recojo lo que queda por recoger y no hay problema. Cuando quiera irse se va por la salida de emergencia. Ya la conoce. Lo tenemos todo muy en orden.

INSPECTOR SALAS.- No me trates con cumplidos que ya llevo un año retirado de las actividades profesionales.

HERMANOS GÓMEZ.- Aurelia dice que los secretos profesionales podrían perjudicarle a don Dalmacio.

INSPECTOR SALAS.- ¿Por qué dice eso Aurelia?

HERMANOS GÓMEZ.- Porque usted a veces, en las pesadillas, se desahoga.

INSPECTOR SALAS.- Eso no es cierto.

HERMANOS GÓMEZ.- Es lo que dice Aurelia.

INSPECTOR SALAS.- Aurelia tiene los venenos recalentados.

HERMANOS GÓMEZ.- Ella lo dice sin ninguna maldad. Dice que lo oye.

INSPECTOR SALAS.- ¿Qué es lo que ha oído?

HERMANOS GÓMEZ.- Usted ya sabe las costumbres que usted tiene. Ya sabe que se pone a hablar con la fotografía y es como si le hablara de verdad. Usted ya sabe que desde enero que pusimos ahí el calendario ha tenido usted muchas conversaciones con la Niña del Almanaque, que es como usted la llama. Aurelia ha escuchado sin intención, ha escuchado porque ella tiene que barrer, tiene que limpiar las mesas, tiene que asear los servicios... Son obligaciones que ella tiene. Y, si mientras tanto ha escuchado, ha sido sin querer.

INSPECTOR SALAS.- (Se levanta y lo coge por las solapas.) ¡Ya me tienes hartó, Gómez! ¿Qué es lo que ha escuchado Aurelia? (La actitud de INSPECTOR SALAS es suficientemente agresiva como para atemorizar a HERMANOS GÓMEZ.)

HERMANOS GÓMEZ.- Que don Dalmacio, que es cliente importante y antiguo de esta casa, tiene un delito de sangre. Que usted lo sabe por su profesión. Que usted lo sabe, pero la justicia, no.

(El INSPECTOR SALAS lo suelta.)

Que fue hace mucho tiempo. Cuando él era muy joven. Que fue sin querer. Cosas que pasan. Pero que por lo mucho que él representa ahora en la Banca es un asunto muy conflictivo. (Pausa.) Usted dice que tiene pruebas.

INSPECTOR SALAS.- Quizá me quede un rato. Ya que me has hecho el ofrecimiento, te lo voy a aceptar.

HERMANOS GÓMEZ.- Está usted en su casa, inspector.

INSPECTOR SALAS.- No me llames inspector.

HERMANOS GÓMEZ.- Han sido muchos años.

INSPECTOR SALAS.- Llámame Salas, Antonio Salas. Ese es mi verdadero nombre. Lo demás son circunstancias.

HERMANOS GÓMEZ.- A veces los nombres también son circunstancias. Y si no, fíjese usted en mi caso, si me llaman Hermanos Gómez es por la circunstancia de que mi hermano Pedro y yo éramos una pareja artística. Nada más que por eso. Sin otra cosa.

INSPECTOR SALAS.- Cantabais unos tanguillos graciosos y tocabais muy bien las palmas.

HERMANOS GÓMEZ.- Tocábamos la guitarra. Y mejor que los tanguillos se nos daban las bulerías. Sin ánimo de ofender.

INSPECTOR SALAS.- El flamenco lo confundo. He tenido siempre poco oído. Del que no se ha vuelto a saber nada es de tu hermano Pedro.

HERMANOS GÓMEZ.- Muy bien que está. Se metió en una multinacional y no ha tenido, hasta ahora, necesidades.

INSPECTOR SALAS.- Las multinacionales son lo más poderoso que existe. (Refiriéndose a la fotografía del almanaque.) Mejorando lo presente.

HERMANOS GÓMEZ.- La foto está muy conseguida.

INSPECTOR SALAS.- La foto vale poco. Lo que vale es lo que ahí se representa. Eso que tienes en la pared, Hermanos Gómez, es una provocación con todos los delitos dentro. Una provocación con todos sus pormenores. ¿Tú no la ves?

(HERMANOS GÓMEZ coloca sobre la mesa del INSPECTOR SALAS una nueva botella de vino y otra ración de aceitunas.)

HERMANOS GÓMEZ.- Mucho no se ve. Tenga en cuenta que no se le ve la cara, y tampoco se le ven las profundidades.

INSPECTOR SALAS.- Aunque tú no lo sepas ver, ahí está el resumen de todas las multinacionales y de todos los inventos misteriosos. Y no hablo de la mujer como género, hablo de lo concreto, hablo de la mujer que es capaz de enseñarle a uno delirios mayores.

HERMANOS GÓMEZ.- Será eso, que yo no lo sé ver.

INSPECTOR SALAS.- La he estudiado a fondo. Llevo meses invocándola, llamándola como quien dice, y te digo más: con las mujeres lo que vale es la constancia. Esa puede terminar por salir de ahí. Te lo digo yo.

HERMANOS GÓMEZ.- Que salga de ahí es difícil, inspector, porque la constancia, por si sola, no es definitiva.

INSPECTOR SALAS.- Ten en cuenta que soy maño.

HERMANOS GÓMEZ.- Con todo y con eso.

INSPECTOR SALAS.- Si esa mujer está ahí es porque existe. Y si existe, ¿por qué no va a venir?

(HERMANOS GÓMEZ cabecea adormilado.)

¿No quieres una copa?

HERMANOS GÓMEZ.- Se lo agradezco, pero a estas horas no disfruto ya el alcohol. Son épocas de la vida.

(AURELIA, mujer de unos cincuenta y cinco años, ha aparecido en el escenario casi imperceptiblemente. Con diligencia y naturalidad ha ido apilando las mesas. Excepto la que ocupa el INSPECTOR SALAS. Después barrerá el suelo del local.)

INSPECTOR SALAS.- Yo creía que tú eras de mi misma época.

HERMANOS GÓMEZ.- Y lo he sido, pero se me ha cansado antes el gusto. Digo yo que será eso.

INSPECTOR SALAS.- Perder el gusto es malo. ¿No, Aurelia?

AURELIA.- Hay gustos que dan mucho que sufrir.

HERMANOS GÓMEZ.- El señor Salas se va a quedar un rato. Se le deja la mesa y la consumición. Él ya sabe que está en su casa.

INSPECTOR SALAS.- Me voy a quedar un rato, porque hoy es un día concreto. Hoy hace justamente un año que dejé el servicio activo. Y me voy a conmemorar.

(Suenan unos ruidos que parecen golpes dados en el techo. Y quizá un grito lejano.)

AURELIA.- ¡Ya están otra vez!

INSPECTOR SALAS.- ¿Qué ha sonado?

HERMANOS GÓMEZ.- Cosas de la vecindad.

INSPECTOR SALAS.- La vecindad también se está conmemorando.

AURELIA.- Ella tiene mucho genio.

HERMANOS GÓMEZ.- Ella es brava, pero él sabe desahogarse.

INSPECTOR SALAS.- Tú estarás bien informada, Aurelia. Dice Gómez que tienes muy buen oído.

AURELIA.- Aquí una escucha sin querer, no vaya a creerse que es por gusto.

HERMANOS GÓMEZ.- Es una circunstancia de la convivencia.

INSPECTOR SALAS.- ¡Hoy, hoy hace un año! Dejé el servicio y dije: Ahí os quedáis. Se acabó la investigación, se acabaron los interrogatorios, los informes, los atestados. Incluso dije más. Incluso llegué a decirme a mí mismo: Antonio, ¿tú has querido alguna vez ser inspector? ¿Tú has querido ser comisario? Eso fue lo que me dije, después de más de cuarenta años de servicio. Cuando se es riguroso hay que hacerse esas preguntas.

AURELIA.- **(Preparando su salida.)** Don Antonio, si usted quiere alguna otra cosa nos lo dice, y si no nos va usted a perdonar.

INSPECTOR SALAS.- Mi vida ha sido muy dura por la ética, que es la que impide llegar hasta el final. La ética es casi un límite. **(A HERMANOS GÓMEZ.)** ¿Tú no crees?

(AURELIA se encoge de hombros y sale. HERMANOS GÓMEZ se resigna y contesta.)

HERMANOS GÓMEZ.- Es un límite.

INSPECTOR SALAS.- Siéntate. **(Por la fotografía del almanaque.)** ¿Tú no la ves?

HERMANOS GÓMEZ.- La veo.

INSPECTOR SALAS.- Ahí está. Con su tanga, marcando misterio.

HERMANOS GÓMEZ.- No digo que no, pero lo raro es que una persona de estudios, como usted, se quede tantas noches enfrente de una fotografía. Usted antes no era aficionado a las fantasías.

INSPECTOR SALAS.- ¡Pues ya ves! Cuando se ha probado todo en la vida, hay que probar también eso.

HERMANOS GÓMEZ.- Sí, pero...

INSPECTOR SALAS.- La imaginación humana está muy necesitada. Y las ansias obligan hasta a inventar fantasmas. Además que ésa puede acabar viniendo.

(Suenan golpes en el techo.)

HERMANOS GÓMEZ.- No es fácil.

INSPECTOR SALAS.- Cuando se toman decisiones, cuando se toman de verdad, parece que el mundo las comprende.

HERMANOS GÓMEZ.- Las cosas imposibles no pasan, inspector.

INSPECTOR SALAS.- No hay cosas imposibles. Y llámame Antonio.

HERMANOS GÓMEZ.- Don Antonio, lo que no es entendimiento es vicio.

(Vuelve a sonar un golpe y algún grito perceptible. Será un insulto.)

INSPECTOR SALAS.- Los de arriba no se ponen de acuerdo. ¡A estas horas ese escándalo es ya un desacato!

HERMANOS GÓMEZ.- La convivencia es así: un conflicto interno, una porfía.

INSPECTOR SALAS.- ¡Pero no son horas! ¿Quieres que suba, quieres que les enseñe lo que son las ordenanzas?

HERMANOS GÓMEZ.- No se moleste. Ya lo tenemos por costumbre.

INSPECTOR SALAS.- No creas que quiero abusar de tu hospitalidad. Lo que pasa es que un año retirado del servicio activo es un año. Las fechas no engañan. Son pruebas de que nos movemos en un círculo, de que el mundo es redondo. ¡Son pruebas, Hermanos Gómez! Les dije: me voy a mi casa. Ya he cumplido mi misión. Cuando yo digo una cosa, la hago. ¡Y lo hice! ¡Vaya si lo hice! **(Bebe la copa de un trago y se queda como hipnotizado mirando la foto del almanaque.)** Mírala, me recuerda a la mujer que más daño me ha hecho en toda mi vida. Pero no te vayas a equivocar. Lo que me hizo daño fue saber que existía. No creas que hubo más fundamento. ¡Es la única mujer que podía haber querido! O por lo menos la que me metió en la cabeza esa ocurrencia.

HERMANOS GÓMEZ.- Cada uno se alimenta de su maraña.

INSPECTOR SALAS.- Fue hace ya tiempo, mucho tiempo. La conocí en una redada. Una casualidad, como todo en la vida. Entramos, y ella estaba allí, sola, desnuda, boca abajo, como si no le importara la policía ni sus compañeras, que chillaban y se desahogaban insultando. Ella no. Ella me miró y siguió allí tumbada, sin inmutarse. Fue una provocación. Tuve que escupirle. Por hacer algo, ¿comprendes? Y entonces ella me miró como si yo fuese el culpable de todos los males del mundo, me miró como podría mirarme un cuchillo. Tuve que pegarle. En los ojos. Cuando la dejé en la comisaría, al darse cuenta de que la estaba mirando con ansias, se puso a bailar un mambo. Me volvió a mirar, y echaba sangre por un ojo. Fue como un resplandor. Me hizo daño. Ha sido la única vez que he vomitado en la comisaría. Yo era muy joven. Otra explicación no tiene.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿No se enteró usted de quién era?

INSPECTOR SALAS.- Creo que era mexicana. No pregunté. No quise saber nada más.

HERMANOS GÓMEZ.- **(Por la fotografía del almanaque.)** Ahí los ojos no se le ven.

INSPECTOR SALAS.- Cuando me acerqué a ella, la primera vez que la vi, estaba como esa: muy quieta, parecía un cartel.

HERMANOS GÓMEZ.- (Con mucho sueño.) Son cosas que pasan, cosas naturales.

INSPECTOR SALAS.- Si algún día viene, si algún día entra por esa puerta y se sube ahí y se mete en el cuadro, si algún día pasan esas cosas, sería una prueba de que el mundo todavía responde a las llamadas, sería una prueba de que hay misterios, de que el mundo no está muerto.

HERMANOS GÓMEZ.- Lo que tiene usted que hacer es no dejar que las pesadillas le coman el terreno.

INSPECTOR SALAS.- Acuéstate ya, Gómez; que luego apago las luces y cierro bien la puerta. No te preocupes... Yo tengo aquí mi tertulia solitaria. Una tertulia personal.

HERMANOS GÓMEZ.- Está usted en su casa.

(Sale, sin esperar a que el INSPECTOR se arrepienta y le vuelva a llamar.)

INSPECTOR SALAS.- La soledad es dura. Incluso para un inspector. Más para un comisario. **(Se vuelve a llenar la copa y vuelve a beber.)** «Destruyala. Destruya las pruebas. Es una orden. Ya sabe inspector Salas: Esa declaración no ha existido». Eso me dijeron. ¡Pruebas, Hermanos Gómez! Aquí se sienta un hombre con pruebas, no con pesadillas.

(Siguen oyéndose ruidos y gritos en el piso se arriba. Se escucha, en voz de mujer, un reproche histérico: «Pues vete, vete con ella». El INSPECTOR SALAS se levanta y se acerca despacio a la fotografía del almanaque.)

Mujeres así ya van quedando pocas. Mujeres así son un compromiso. Y lo digo yo, que he conocido bien esa parte del mundo. ¡Cientos, miles de mujeres! Yo sé lo que me digo. ¡Miles de mujeres! Ha sido lo único bueno de los más de cuarenta años de servicio. Yo he conocido bien lo que son los temblores. **(Golpea con la mano sobre la fotografía.)** Ésta es la única explicación del universo. Ésta es la verdad científica. **(Después del arrebató, acaricia con reverencia las caderas que muestra la fotografía.)** Región glútea, le llaman. Por ponerle un nombre. Si esa mujer saliera de ahí, se encendía el mundo. ¡Qué fuego tiene! ¡Si no fuera por la ética, te ibas a enterar! Si no fuera por la ética, iba ahora mismo a la comisaría y daba orden de busca y captura. ¡Me tienes los días jodidos desde el mes de enero!

(Oscuro, mientras se escucha una voz de mujer gritando en el piso de arriba: «¡pues vete, vete, hijo puta, y regálale la moto!». Inmediatamente se vuelve a iluminar el escenario. Todo sigue igual a excepción del INSPECTOR SALAS, que ha desaparecido. Escenario vacío, por lo tanto. Lllaman a la puerta de la calle. Entra AURELIA por un lateral del fondo, como si acabara de despertarse, cruza el local y abre.)

SHERIFF MANHATTAN.- (Entrando con una moto.)
¿Puedo entrar?

AURELIA.- Con esa moto... ¿Tú qué crees?

SHERIFF MANHATTAN.- Puedo... ¿no?

AURELIA.- (Por la moto.) ¿Y dónde la vas a poner?

SHERIFF MANHATTAN.- Allí. Con las máquinas. Es una moto buenísima.

AURELIA.- A Hermanos Gómez le va a dar un disgusto.

SHERIFF MANHATTAN.- No hay motivo. Una moto buena da importancia al local. Más a un local de máquinas.

AURELIA.- Nos quieren cerrar la parte de las tragaperras, porque dicen que son licencias distintas.

SHERIFF MANHATTAN.- Pues cerráis la parte antigua y os quedáis con la maquinaria, que es lo que vale.

AURELIA.- Meter la moto aquí comprenderás que es un abuso.

SHERIFF MANHATTAN.- Si la dejo en la calle, me la destroza.

AURELIA.- Pues aquí no está asegurada.

SHERIFF MANHATTAN.- A vosotros Lauri os tiene un respeto.

AURELIA.- Relativo. Las horas de dormir no las respeta. Ni ella ni tú.

SHERIFF MANHATTAN.- ¡Qué noche he pasado, Aurelia!

AURELIA.- No has sido tú solo. Hermanos Gómez ha tenido que tomarse dos pastillas y ahora está con resaca.

SHERIFF MANHATTAN.- Todo sin motivo. Por unos celos.

AURELIA.- Sí, sí. Lo hemos escuchado perfectamente. (Señala al techo.)

SHERIFF MANHATTAN.- ¿Sabes lo que pasa? Que no se acostumbra. Yo tengo mis obligaciones. Tengo que cumplir mis contratos. Si soy cantante, tengo que cantar. Si me contratan en Ibiza, tengo que ir a Ibiza. Si ella no viene es porque ella no es músico. ¿O no?

AURELIA.- Eso es cosa vuestra. Y la moto también es cosa vuestra.

SHERIFF MANHATTAN.- No seas así, Aurelia. Hoy día, la moto es lo mejor que tengo. A Ibiza no me la puedo llevar. La calle es un peligro. Aquí es un lujo para el local.

AURELIA.- ¿Cuándo vuelves de Ibiza?

SHERIFF MANHATTAN.- El martes que viene. Son tres días...

AURELIA.- La Lauri baja todas las mañanas aquí a jugar a las máquinas.

SHERIFF MANHATTAN.- Aquí dentro la respeta, creo yo. He tenido que cantar mucho, cantar en profundidad, para poder comprar la moto. ¡No la voy a dejar expuesta a un mal genio!

AURELIA.- Si quieres dejar la moto ahí, la dejas. Y si pasa algo... ¡Aire, a mí que me registren!

SHERIFF MANHATTAN.- Lauri es que está de los nervios. Cuando estaba de cajera en el Súper era muy tranquila, muy reflexiva. Lo que le pasa ahora es por el horóscopo. Escribir el horóscopo todos los días le está calentando la cabeza.

AURELIA.- Siempre habéis sido los dos muy cabezones.

SHERIFF MANHATTAN.- La música es un arte. Aurelia, y el arte, para ser bueno, tiene que ser cabezón.

AURELIA.- Os daba yo escoba y pringue todos los días a ver si seguáis estando de los nervios. Como el hijoputa éste, (**Se refiere al INSPECTOR SALAS mientras recoge de la mesa los restos que dejó allí el tardío cliente. Encuentra un llavero sobre la mesa.**) que ahora se ha envenenado de un papel. Mira, hasta se ha dejado aquí las llaves.

SHERIFF MANHATTAN.- (**Señalando la foto del almanaque.**) La de la foto está muy bien. ¡Y de tamaño natural!

AURELIA.- Todo es propaganda.

SHERIFF MANHATTAN.- Está buenísima.

AURELIA.- La pusimos ahí para pagar la licencia fiscal. Y no falla, los hombres, en cuanto no tenéis que usar más que la fantasía, veis el cielo abierto. Desde que está en la pared hemos vendido vino del anuncio hasta en los desayunos. Ya ves, el vino tinto aquí antes no se trabajaba.

(**Entra HERMANOS GÓMEZ.**)

HERMANOS GÓMEZ.- Sí, este año vamos a pagar todo lo relativo a Hacienda con el Almanaque. Aunque parezca una exageración.

AURELIA.- Lo que es una exageración es lo del inspector. Con las visiones se ha dejado aquí hasta el llavero.

HERMANOS GÓMEZ.- No será el del portal de su casa, ni el del coche, porque habría vuelto.

AURELIA.- Pues será un llavero de adorno.

HERMANOS GÓMEZ.- Guárdalo, que ya vendrá por él.

(AURELIA **deja el llavero sobre la barra del bar.**)

SHERIFF MANHATTAN.- Hermanos Gómez... hombre... que siento que hayas dormido mal por los ruidos.

HERMANOS GÓMEZ.- Con las pastillas modernas, la convivencia está muy mejorada. Lo que no sé es por qué no las tomáis vosotros.

SHERIFF MANHATTAN.- Lauri no quiere pastillas. Dice que quitan espontaneidad.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Y esa moto qué hace ahí?

SHERIFF MANHATTAN.- Son tres días nada más. Es para evitar represalias. Me ha dicho Aurelia que a ella no le importa.

HERMANOS GÓMEZ.- Si la dejas allí dentro, con la maquinaria, se van a equivocar, le van a echar monedas por el tubo de escape hasta que se le encienda el premio extraordinario.

SHERIFF MANHATTAN.- ¿Y qué hago?

HERMANOS GÓMEZ.- Ponla ahí. (**Señala algún lugar en primer término, junto a una columna.**) Puede servir de propaganda. Ponla que se vea bien la marca.

SHERIFF MANHATTAN.- (**A AURELIA, mientras obedece y traslada la moto.**) Hermanos Gómez entiende bien el negocio. (**A HERMANOS GÓMEZ.**) Si quisieras, podrías ser mi representante. El que tengo es chungo. Tú entiendes muy bien el mundo artístico. Tu hermano y tú habéis sido gente importante en el mundo de la canción.

HERMANOS GÓMEZ.- Eran otros tiempos. Y era otra música.

SHERIFF MANHATTAN.- Eso no importa. (A AURELIA.) El Hermanos Gómez está desaprovechado. ¿Tú no crees?

AURELIA.- Su hermano, sí. Su hermano supo organizarse.

HERMANOS GÓMEZ.- Él hizo lo que creyó conveniente, pero en la vida hay otras cosas. Yo he preferido lo tradicional. A ti no puedo llevarte porque tú eres un cantante pop que se anuncia con el nombre de Sheriff Manhattan. Y eso se sale de mis conocimientos.

SHERIFF MANHATTAN.- El nombre es un acierto. Se le ocurrió a Lauri. Sólo el nombre y a es de barrer.

AURELIA.- Cuando estaban juntos su hermano y él, era su hermano el que llevaba toda la parte de organización.

HERMANOS GÓMEZ.- Cada uno llevaba lo que tenía que llevar. Y a ti, Manhattan, que te lleve Felipe Marcos, que es el que te lleva y el que te busca contratos para Ibiza y dinero para una moto.

SHERIFF MANHATTAN.- (A AURELIA, por HERMANOS GÓMEZ.) Le estaba ofreciendo una perla.

AURELIA.- Su hermano Pedro, sí; su hermano es otra cosa.

HERMANOS GÓMEZ.- (Despidiendo al SHERIFF MANHATTAN.) ¿A que hora te vas?

SHERIFF MANHATTAN.- A las doce y media sale el avión. (Va a empezar la retirada, pero AURELIA lo retiene.)

AURELIA.- Todavía falta. ¿Quieres un café?

SHERIFF MANHATTAN.- Bueno. Para castigar los nervios.

HERMANOS GÓMEZ.- (Por la moto.) ¿Cuántos kilómetros por hora hace esto?

SHERIFF MANHATTAN.- Todos. No tiene límite. Los que quieras.

HERMANOS GÓMEZ.- A mí me ha faltado para probar la velocidad. La velocidad es un invento de los últimos veinte años.

SHERIFF MANHATTAN.- (Acercándose a la barra.)
Ponme una tapa con el café, Aurelia, que los aviones me dan hambre.

(Llaman a la puerta de la calle. HERMANOS GÓMEZ se dirige a abrir.)

AURELIA.- (A SHERIFF MANHATTAN, ofreciéndole algo de comer.) ¿Te vale esto?

SHERIFF MANHATTAN.- Me vale.

(Entra LAURITA RUIZ, a quien ha abierto la puerta HERMANOS GÓMEZ.)

LAURITA RUIZ.- (Señalando a SHERIFF MANHATTAN.) He venido porque creía que estabais solos.

HERMANOS GÓMEZ.- Hoy lo que estamos es cerrados, pero vosotros sois de la casa.

LAURITA RUIZ.- No, yo no. Yo he venido para decirte (A HERMANOS GÓMEZ.) que leas hoy mi periódico, porque te he sacado un horóscopo dedicado. (Despectiva, mirando a SHERIFF MANHATTAN.) Pero no sabía que esto fuera Ibiza. (De nuevo a HERMANOS GÓMEZ, mientras se dirige a la puerta.) Cómprate mi periódico, que luego vuelvo.

SHERIFF MANHATTAN.- (Intentando retenerla.)
Lauri...

LAURITA RUIZ.- ¿Qué quieres?

SHERIFF MANHATTAN.- Que el día diecisiete cantamos en Úbeda. Si te parece podemos ir juntos.

LAURITA RUIZ.- A Úbeda vete con la de la foto. (Se refiere a la niña del almanaque.) Que lleva ahí mucho tiempo y necesita que la saquen a pasear. Esa parece que está ahí esperando un viajante. (Sale.)

SHERIFF MANHATTAN.- Úbeda es un sitio mejor que Ibiza. ¡Y ya veis!

HERMANOS GÓMEZ.- (Echándole.) Hoy es nuestro día de cierre, Manhattan.

SHERIFF MANHATTAN.- ¿Qué se debe? **(Paga la consumición a AURELIA.)**

HERMANOS GÓMEZ.- La moto aquí es un favor que se te hace, pero no tiene garantía.

SHERIFF MANHATTAN.- Está claro. **(Se despide con un gesto y sale.)**

HERMANOS GÓMEZ.- La velocidad para mí ha sido un invento tardío. Cada época tiene su mejora.

AURELIA.- Sí, cada uno tiene su oportunidad; lo que pasa es que hay que saber aprovecharla. Hay quien no sabe. Tu hermano Pedro sí supo aprovechar la suya.

HERMANOS GÓMEZ.- (Aceptando el desafío, se desplanta ante su mujer.) ¿Qué es lo que quieres que haga?

AURELIA.- Lo que tú sabes.

HERMANOS GÓMEZ.- Eso es delincuencia.

AURELIA.- Eso es dinero.

HERMANOS GÓMEZ.- Un dinero muy sucio.

AURELIA.- Lo que es muy sucio es no tenerlo. Mira como estamos: limpiando mierda, sin más oficio que hacer tapas para que se las coman unos gilipollas. Sin medios. Necesitando poner ahí una tía en cueros para pagar impuestos. Mira como estamos: esperando a que nos quiten las máquinas por no tener licencia, esperando a que el inspector vaya al retrete para ir detrás con la escobilla. Esa es la limpieza.

HERMANOS GÓMEZ.- Lo que tú quieres, Aurelia, es que nos metamos, sin necesidad, en los que puede ser un delito de sangre.

AURELIA.- Lo que yo quiero es que don Dalmacio suelte los diez kilos que nos ha ofrecido por las pruebas que tiene el inspector. Eso es lo que quiero, porque eso es saber aprovechar una oportunidad. **(Llaman a la puerta. Se miran. AURELIA coge el llavero que estaba sobre la barra y se lo entrega a HERMANOS GÓMEZ.)** Toma. Guarda tú las llaves.

HERMANOS GÓMEZ.- (Se guarda el llavero en un bolsillo, gritando.) Está cerrado.

VOZ DE MANHATTAN.- Soy el Sheriff Manhattan.

HERMANO GÓMEZ.- (Se dirige a la puerta y abre.)
¿Qué te pasa ahora?

SHERIFF MANHATTAN.- Traigo el periódico. Por lo del horóscopo.

HERMANOS GÓMEZ.- No vas a llegar, Manhattan. No vas a llegar a Ibiza.

SHERIFF MANHATTAN.- ¿Por qué no voy a llegar? Si me voy ahora mismo... (Sale.)

HERMANOS GÓMEZ.- (A AURELIA después de una pausa.) ¿Tú crees que esas pruebas existen de verdad?

AURELIA.- Si no existieran, don Dalmacio no ofrecería por ellas diez millones de pesetas.

HERMANOS GÓMEZ.- Los ofrece porque nosotros le fuimos a decir que el inspector tenía pesadillas y que en las pesadillas lo nombraba.

AURELIA.- ¿Y quién paga un duro por unas pesadillas? Si nos ofreció el dinero será por un motivo.

HERMANOS GÓMEZ.- Y aunque todo sea cierto, y aunque el dinero no sea sucio, y aunque don Dalmacio nos lo pague... ¿Quién consigue las pruebas que el inspector dice que tiene?

AURELIA.- (Con gran decisión, señalando a la Niña del Almanaque.) Esa.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿La foto?

AURELIA.- La foto, no; la que está retratada en la foto.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Y cómo vamos a saber quién es?

AURELIA.- Da lo mismo. Se busca una que se le parezca.

HERMANOS GÓMEZ.- No se le puede engañar. La tiene muy estudiada.

AURELIA.- El inspector no tiene ya edad de estudiar mujeres. Si la tuviera no se iba a quedar ahí embobado con el anuncio.

HERMANOS GÓMEZ.- La ha mirado con mucha concentración. Se la sabe de memoria. Le recuerda a una mexicana.

AURELIA.- ¡Cómo se la va a saber de memoria, si el anuncio no tiene ni cara! Él lo único que sabe, es que se pone cachondo. Él lo único que ha hecho hasta ahora ha sido comerse las aceitunas ahí sentado con las patas abiertas soñando con que aparezca la de carne y hueso. Él lo único que quiere es engañarse con algo que tenga materia.

HERMANO GÓMEZ.- Eso es un imposible.

AURELIA.- ¿Un imposible? Tengo yo una sobrina: Nati, tú la conoces, que quiere ser artista y podría interpretar muy bien el papel. Así iba cogiendo el aire de lo que es el arte.

HERMANOS GÓMEZ.- Pero, Aurelia, aunque se crea que ella es la misma de la foto ¿cómo es posible que se crea que se ha hecho de carne y hueso?

AURELIA.- ¿No es eso lo que quiere? ¿No es eso lo que está pidiendo desde hace nueve meses? ¿Y no dice todas las noches que ésa termina por salir de ahí, que con las mujeres lo que vale es la constancia? ¿No dice que es maño?

HERMANOS GÓMEZ.- «¡Esa mujer es una llamada, Gómez, esa mujer es un delirio mayor!», eso es lo que me dice, pero luego, a la hora de la verdad, no se puede creer un disparate tan grande.

AURELIA.- Si no se lo cree ¿qué más nos da? Decimos que es una broma. Pero se lo creará. Se lo creará por tres días. Hasta que descargue. Mientras le convenga creer en las apariciones. Y en esos tres días le puede dar las pruebas de don Dalmacio y lo que ella le pida. Así es el cuerpo.

HERMANOS GÓMEZ.- Cuando se despierte, nos fusila.

(Llaman a la puerta.)

AURELIA.- Son diez millones. Tu hermano Pedro lo haría.

(Va andando ensimismado hacia la puerta, abre. Es
LAURITA RUIZ.)

HERMANOS RUIZ.- Pasa, pasa.

LAURITA RUIZ.- No. Si ya sé que estáis cerrados, pero he venido a traer el periódico del horóscopo.

HERMANOS GÓMEZ.- Lo tengo ya ahí.

LAURITA RUIZ.- ¿Lo has leído?

HERMANOS GÓMEZ.- No he tenido tiempo.

LAURITA RUIZ.- Eres un inútil. Gómez. Estás aquí de mueble.

HERMANOS GÓMEZ.- Contigo no quiero pelea, Lauri.

LAURITA RUIZ.- (Por la moto.) ¿Esto ahora también va a ser un parking?

HERMANOS GÓMEZ.- Las peleas traen estas cosas.

LAURITA RUIZ.- (Golpea con el puño la moto.) ¡Ése me las paga! ¡Vaya si me las paga! Y vosotros al dejarle meter aquí el aparato, y a se sabe de qué lado estáis. ¡Pero ése me las paga! ¡A lo mejor se cree que soy tonta!

AURELIA.- Él también tiene necesidades.

LAURITA RUIZ.- Las tendrá, pero por muchas necesidades que él tenga no son nada comparadas con las mías. Yo tengo necesidad de vivir una pasión entera para mí sola. Para mí sola. ¡¡Entera!!

AURELIA.- Se comprende.

HERMANOS GÓMEZ.- Las pasiones son un compromiso.

LAURITA RUIZ.- Pues eso, eso es lo que yo quiero.

AURELIA.- Encontrar un hombre que entienda de mujeres no es fácil. Con éste, desde luego, no cuentas.

LAURITA RUIZ.- (Viéndole sin saber qué hacer con los periódicos, se los arrebató de un tirón.) Los hombres estáis desconectados del mundo. Trae, trae que te lea el horóscopo. Aquí está: «Tauro. Del 21 de abril al 20 de mayo» Escucha: «Recibirás recompensas por pasados trabajos y descubrirás lo mucho que se aprecian tus esfuerzos. Un error de otra persona te reportará mucho dinero. Piénsalo bien antes de gastarlo. Dedícale tiempo a tus aficiones. Haz deporte». Firmado: Laurita Ruiz.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Mucho dinero?

LAURITA RUIZ.- Aquí está escrito.

HERMANOS GÓMEZ.- (Muy interesado.) ¿Qué dice? ¿Qué es una recompensa?

LAURITA RUIZ.- Te he dedicado el horóscopo por agradecimiento, por la invitación a tapa del otro día. Tú, Aurelia, ¿de qué signo eres?

AURELIA.- Yo no tengo nada que ver con las estrellas. Yo soy de tierra firme.

LAURITA RUIZ.- Las estrellas son cultura, no vayas a creerte.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Y dice que todo eso viene por el error de otra persona?

LAURITA RUIZ.- Luego lo lees despacio. Toma, aquí lo tienes por partida doble. (Le da los dos periódicos.)

AURELIA.- Para el que crea es un aviso.

LAURITA RUIZ.- ¿Que hoy esté cerrado qué quiere decir? ¿Que hoy no se puede beber una tónica ni jugar a las máquinas?

HERMANOS GÓMEZ.- Tú eres de la casa. Si quieres jugar a las máquinas, juega.

AURELIA.- ¿Cómo quieres la tónica?

LAURITA RUIZ.- Me conformo con las máquinas. Les he cogido el gusto.

(Se dirige al fondo, en donde está el panel lleno de máquinas tragaperras y se dispone a jugar. Cuando echa monedas, un juego de luces parpadeante ilumina todo el escenario. HERMANOS GÓMEZ se sienta frente a la Niña del Almanaque con los dos periódicos y los estudia con gran excitación. Vuelve AURELIA a la limpieza.)

HERMANOS GÓMEZ.- (Leyendo.) «Un error de otra persona te reportará mucho dinero». **(Mirando a AURELIA con ansiedad.)** Parece una adivinación. **(Ante el silencio hostil de AURELIA trata de reafirmarse.)** Lo que hay es que estar seguros de que don Dalmacio es de los que pagan.

AURELIA.- Si no paga, él verá. Nosotros no tenemos secreto profesional.

HERMANOS GÓMEZ.- Dicen que con el tiempo los delitos pueden prescribir.

AURELIA.- Para los periódicos y las revistas no hay nada que esté *prescrito*.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Qué querrá decir «piénsalo bien antes de gastarlo»?

AURELIA.- Lo primero es ganarlo, que luego ya habrá tiempo de pensar bien.

LAURITA RUIZ.- (Acercándose a ellos desde el fondo.) ¿Tenéis cambio?

HERMANOS GÓMEZ.- Cámbiale, Aurelia.

(AURELIA va a coger monedas. LAURITA RUIZ, mientras espera, se fija en la foto del Almanaque.)

LAURITA RUIZ.- ¡Qué tía más sólida!

HERMANOS GÓMEZ.- Sí. El anuncio está bien hecho.

LAURITA RUIZ.- Eso es lo que a mí me hubiera gustado ser.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿El qué?

LAURITA RUIZ.- Eso: una afirmación, una imagen fuerte.

AURELIA.- Tú eres más fuerte que ésa.

LAURITA RUIZ.- Sí, pero ésa tiene carne de triunfo. Es una imagen que compromete.

AURELIA.- (**Ace rcándose a LAURITA RUIZ con las monedas.**) Tú tienes más carnes y mejores. Más cuajadas que las de la foto.

(**HERMANOS GÓMEZ, que no esperaba oír lo que oye, se queda primero confuso y luego excitado, porque comprende la voluntad de arpón poderoso que ha puesto en marcha su cónyuge. A partir de ahí la complicidad del matrimonio es visible. Por su parte, LAURITA RUIZ se siente homenajead a e inquieta.**)

LAURITA RUIZ.- ¡Qué cosas dices, Aurelia!

AURELIA.- Digo la verdad. Cuando se es joven no se valora nada de lo que se tiene.

LAURITA RUIZ.- (**Por la fotografía del almanaque.**) ¿Tú has visto que cintura? Parece que le han metido alambres.

AURELIA.- A tu edad, todas tenemos alambres. Lo que hace falta es usarlos para algo. Si tú quisieras, podías anunciar el vino que anuncia ésa o champagne francés. Lo que quisieras. Es voluntad. Cuando se tiene cuerpo, todo es querer.

LAURITA RUIZ.- (**A HERMANOS GÓMEZ.**) ¿Oyes lo que dice Aurelia?

HERMANOS GÓMEZ.- Yo no es que quiera decir nada, pero se trata de una cosa que hasta se podría probar.

LAURITA RUIZ.- ¿Qué queréis? ¿Que haga strip-tease?

AURELIA.- Lo dice porque casualmente aquí viene todas las noches un hombre que está muy enamorado de esa foto. Enamorado de verdad, no vayas a creerte. Y ya puestos a comparar nadie podría decir mejor que él si tienes alambres o no.

LAURITA RUIZ.- Me voy con las maquinas, que es el vicio más tranquilo que conozco. (**Vuelve a jugar con las máquinas tragaperras.**)

HERMANOS GÓMEZ.- Creía que íbamos a decírselo a la Nati.

AURELIA.- Cada cosa a su tiempo. A la Nati habría que pagarle lo que son las actuaciones. Ella es muy profesional. Y a ésta se le ha visto una comezón. Lo puede hacer hasta por gusto. Las oportunidades llegan cuando llegan.

(**Llaman a la puerta de la calle.**)

HERMANOS GÓMEZ.- ¡Está cerrado! (**Siguen llamando.**) Mira Aurelia, a ver quién es.

(**AURELIA abre y entra el INSPECTOR SALAS.**)

AURELIA.- Hoy, como usted sabe, es el día de descanso del personal, el día de cierre.

INSPECTOR SALAS.- ¿Es que hay cierre aquí para mí?

AURELIA.- Para usted, no. Lo único que pasa es que Hermanos Gómez iba ahora a dar un paseo. Y yo estoy con una visita. El descanso es preciso.

INSPECTOR SALAS.- Y se va a respetar. He venido solamente para saber si me había dejado aquí un llavero.

AURELIA.- ¿Un llavero? ¿Aquí? (**A HERMANOS GÓMEZ.**) ¿Tú has visto algún llavero?

HERMANOS GÓMEZ.- La que recoge eres tú...

AURELIA.- ¿Está usted seguro de que se lo dejó aquí?

INSPECTOR SALAS.- Seguro no puedo estar, pero anoche lo tenía.

AURELIA.- Pues no sé.

INSPECTOR SALAS.- ¿Has mirado bien encima de la mesa?

AURELIA.- He hecho la limpieza de todos los días, pero busque usted, busque si quiere.

INSPECTOR SALAS.- Es raro.

HERMANOS GÓMEZ.- No será la llave de la casa...

INSPECTOR SALAS.- No. (Al acercarse a buscar sobre la mesa ve los periódicos abiertos por la página del horóscopo.) ¿Qué estabas, leyendo los horóscopos?

HERMANOS GÓMEZ.- Ya ve usted, me dice que haga deporte. Entre eso y el estreñimiento me había animado a dar un paseo. Si usted quiere acompañarme...

INSPECTOR SALAS.- La cuestión intestinal es delicada para todo lo que sean alteraciones. ¿Has tenido algún disgusto?

(Se oye la voz de LAURITA RUIZ. Ante el temor de que aparezca, AURELIA, con monedas que coge de la caja registradora, se dirige hacia el local de juegos.)

VOZ DE LAURITA RUIZ.- Hoy no ha habido suerte.

AURELIA.- Todavía es pronto. ¿Por qué no me enseñas a jugar? A pesar de lo cerca que las tengo no he aprendido el manejo. (Desaparece AURELIA por donde se fue LAURITA RUIZ.)

HERMANOS GÓMEZ.- Disgusto, ninguno.

INSPECTOR SALAS.- Pues yo sí. Yo he tenido hoy un disgusto grande.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Era muy valioso el llavero?

INSPECTOR SALAS.- Era... Era un llavero íntimo. Pero no me refería a eso. El disgusto ha sido por conflictos interiores. Ha sido un momento, pero he perdido la conducta. ¿Te imaginas?

HERMANOS GÓMEZ.- Usted siempre ha sido muy pulcro en el trato.

INSPECTOR SALAS.- Pues nada, como si hubiera perdido la conducta. Iba una mujer en el Metro, de espaldas, con una bolsa de plástico en la mano; una mujer muy joven, parecida a la de la foto, muy parecida, y entonces -sin darme ni cuenta- voy, me acerco y le digo: si no fuera por la ética, te íbas a enterar. ¿Y sabes lo que hace? Se mete la mano en la boca, se saca el chicle y me lo pega aquí, en la solapa. En la solapa, Gómez; en donde siempre he llevado la insignia.

HERMANOS GÓMEZ.- Los respetos están muy cambiados. Claro que usted por eso no deja de ser quien es.

INSPECTOR SALAS.- ¡Por menos de lo que hizo esa mujer hay gente cumpliendo condena!

HERMANOS GÓMEZ.- (Conciliador, en la puerta de la calle empujándole hacia fuera.) Salga usted, inspector.

INSPECTOR SALAS.- ¡Como la vuelva a encontrar, se traga el chicle, se traga la insignia y se traga la ética! Yo soy de los que creen en la venganza.

HERMANOS GÓMEZ.- ¡También es que usted estuvo muy temerario!

INSPECTOR SALAS.- (Señalando al almanaque.) ¡Y todo por culpa de la foto!

(Suenan un ruido que indica que una de las máquinas tragaperras ha dado premio extraordinario, igualmente se oyen caer monedas con gran alegría de LAURITA RUIZ, a la que no se ve, pero se escucha gritar.)

VOZ DE LAURITA RUIZ.- ¡Premio! ¡Premio grande! ¿Lo ves, Aurelia? ¡El que juega por primera vez, siempre gana!

(HERMANOS GÓMEZ ha conseguido, por fin, empujar al INSPECTOR SALAS hacia la calle. A continuación sale él.

Oscuro muy breve. Al volver a iluminarse el escenario, LAURITA RUIZ y AURELIA, sentadas junto a una mesa, miran la fotografía del almanaque con gran atención.)

LAURITA RUIZ.- La verdad es que salir de ahí como si el mundo fuera Hawai es un atrevimiento.

AURELIA.- Es un gusto.

LAURITA RUIZ.- ¡Pero no es posible que haya un hombre tan loco que se lo crea!

AURELIA.- No tiene que creerse nada. Lo único que tiene que hacer es dejarse engañar.

LAURITA RUIZ.- ¿Por qué se va a dejar engañar?

AURELIA.- Por necesidad. Se pasa las noches aquí soñando pesadillas, pidiendo castigo.

LAURITA RUIZ.- ¿Tú crees que yo tengo un cuerpo como ése?

AURELIA.- O mejor.

LAURITA RUIZ.- (*Levantándose.*) ¿Tienes un espejo?

AURELIA.- El espejo son los hombres. ¿A ti cómo te miran por la calle?

LAURITA RUIZ.- Una cosa es que te desnuden ellos y otra que te desnudes tú.

AURELIA.- Si no quieres hacerlo, no lo hagas. Hay muchas que quieren hacerlo sin tener ni cuerpo, sólo con la voluntad. Si te lo hemos dicho a ti ha sido por afecto y porque las carnes que tú tienes son de la misma consistencia. Pero si no quieres hacerlo no lo hagas. Mujeres hay muchas.

LAURITA RUIZ.- ¿Y por qué no voy a hacerlo yo?

AURELIA.- Porque no te atrevas, porque te falte ambición.

LAURITA RUIZ.- El problema de los hombres es que no saben ni lo que quieren.

AURELIA.- Algunos sí lo saben.

LAURITA RUIZ.- Manhattan quiere mejor la variedad que la pasión auténtica. Me tiene miedo, ¿sabes? Por eso metió aquí la moto.

AURELIA.- A Manhattan lo que le pasa es que le gusta mucho este tipo de mujeres. Cuando viene aquí, sin ti, se queda mirando la fotografía como la mira el inspector, con la misma afición. La verdad es que el anuncio está bien hecho para los hombres.

LAURITA RUIZ.- ¿Se queda aquí mirándola como el loco ese de la fantasía?

AURELIA.- Como ése y como todos los demás clientes. No vayas a enfadarte con él por eso. Lo único malo que puede tener Manhattan es que no ha sabido darte lo que tú te mereces. No ha sabido dártelo en ningún sentido. Otra cosa mala no tiene.

LAURITA RUIZ.- (Golpeando la moto de SHERIFF MANHATTAN.) ¡Eres un gilipollas, Manhattan! ¡Crees que por meter aquí la moto va a estar segura!

AURELIA.- Si yo tuviera tu edad, lo que yo no iba a dejar es que me faltara lo principal. Y lo principal, Lauri, es vivir con importancia.

LAURITA RUIZ.- Manhattan importancia tiene, pero no se cuida. Y el representante que ha buscado le está perjudicando.

AURELIA.- Importancia es otra cosa, Lauri. Importancia es llegar aquí como llegan algunos clientes. Llegan y dicen: Hermanos Gómez, queremos que nos busques un cuadro flamenco para el día catorce. Que sea bueno. Queremos el local cerrado para toda la noche. Aurelia, ponme un tinto. Pónmelo del de la foto. Y, entonces, saca un fajo de billetes y, mientras paga, dice: el día que venga la de la foto por aquí dile que no hay caprichos imposibles, que si los hay es sólo por ignorancia.

LAURITA RUIZ.- ¿Y el loco de la foto como se llama?

AURELIA.- Se llama Salas, Antonio Salas. Pero loco no es, es muy responsable, ha sido inspector. Lo suyo no es locura, lo suyo es eso mismo que tú dices, que también a él le gustaría vivir una pasión entera para él solo.

LAURITA RUIZ.- Cuando me casé con Manhattan estaba segura de que no se podía hacer una cosa mejor en el mundo. Ya ves, incluso me parecía que el mundo tenía sentido. Te miro y pienso que tú no has vivido en ese mismo mundo.

AURELIA.- Todos hemos tenido ráfagas. No vayas a creerte.

LAURITA RUIZ.- Y todavía si me lo imagino tirando de la moto para esconderla aquí, con esa cara de descubrimiento que a veces pone, todavía siento como si se hubiera encendido la calefacción.

AURELIA.- Pues piensa en él, allí en Ibiza, encima de la arena, revolcándose y jadeando en lo alto de una de sus novedades y verás que pronto se estropea la calefacción.

LAURITA RUIZ.- A pesar de todo, no quisiera perderlo. Parece raro, pero así somos.

AURELIA.- Consejos yo no te voy a dar ninguno, pero ser mujer es atreverse a todo. Sin renunciar a nada.

LAURITA RUIZ.- A veces, no nos damos cuenta del poder que tenemos. **(Reflexiona frente a la fotografía del almanaque.)** Ella se ha puesto ahí, tan tranquila, encima de todos los días del año, como si fueran retales de moqueta; y ahora, el que quiera buscar una fecha, que se la busque por debajo de las bragas.

AURELIA.- Él la llama la Niña del Almanaque.

LAURITA RUIZ.- ¿Y él cómo se llama?

AURELIA.- Antonio, Antonio Salas.

LAURITA RUIZ.- Me lo habías dicho antes, pero se me olvida, ¿sabes? ¿Tú crees que es verdad que no hay caprichos imposibles?

AURELIA.- No los hay. Lo que puede haber es falta de medios.

LAURITA RUIZ.- Y aparte de fantasía ¿en esto no hay dinero?

AURELIA.- Puede haberlo.

LAURITA RUIZ.- Es comisario ¿no?

AURELIA.- Inspector. O comisario.

LAURITA RUIZ.- ¿No me iréis a meter en un lío?

AURELIA.- Tú conoces a Hermanos Gómez. Más cabal no la hay. Y en la cuestión de negocios que pueda haber, él te explicará.

LAURITA RUIZ.- Cuando tienes que hacer una cosa, lo único que estás deseando es hacerla lo antes posible. ¿A ti no te pasa?

AURELIA.- Se puede hacer cualquier día. Mañana noche.

LAURITA RUIZ.- (Señalando el almanaque.) ¿Cómo entro yo ahí?

AURELIA.- Muy sencillo. Se quita el cartón de la foto y detrás hay sitio de sobra. Mira que hueco hay aquí, mira. La base es muy sólida. Ven, mira.

LAURITA RUIZ.- (Ocupándose de los aspectos técnicos.) Aquí habrá que poner arena, arena de verdad. Y me tenéis que dar una botella, una botella de verdad. Pero hay un problema: ¿y los otros clientes? Los normales, los que no están enamorados, a esos no se les puede ilusionar de la misma manera.

AURELIA.- El cambio lo haremos cuando se quede el local vacío. Cuando se quede él solo con las aceitunas.

LAURITA RUIZ.- Ojo por ojo y diente por diente. Esa es la ley, Sheriff Manhattan.

AURELIA.- La ley es usar todas las armas sin que se note.

(La luz del escenario va descendiendo hasta quedar iluminado solamente el almanaque.)

AURELIA.- Tú lo que tienes es que estar siempre muy segura.

LAURITA RUIZ.- El mundo es una fantasía.

AURELIA.- Muy segura siempre, con mucha rienda.

LAURITA RUIZ.- Tú lo que tienes es que estar siempre muy segura. (En la oscuridad.) ¡Mira qué espalda tengo!

AURELIA.-. Ya te lo había dicho, mejor que la de la foto.

VOZ DE LAURITA RUIZ.- La parte técnica también hay que cuidarla. Las bragas tienen que ser idénticas a las de mentira.

VOZ DE AURELIA.- Toma. Pruébatelas. A mí también me ha faltado eso en la vida: ponerme bragas de lujo.

VOZ DE LAURITA RUIZ.- Estas no son cómodas ¿sabes?, aprietan mucho.

VOZ DE AURELIA.- Cuando le mires, mírale desde las bragas.

VOZ DE LAURITA RUIZ.- Es como estar acechándole.
(Pausa.) Me gustaría cantar.

(Oscuro breve.)

(Al volver a iluminarse el escenario nos recuerda en todos los aspectos al comienzo de la representación. El INSPECTOR SALAS, ligeramente borracho, está sentado frente a la imagen de la Niña del Almanaque, comiendo aceitunas y bebiendo vino fino. HERMANOS GÓMEZ recoge restos de consumiciones de otras mesas. Sustituyendo a la fotografía de la modelo del almanaque, está empotrada en la pared LAURITA RUIZ.)

INSPECTOR SALAS.- Si uno se empeña, no hay límites; pero, claro, el deseo entra en conflicto con la autoridad, con el poder. Esa es la clave de la cuestión humana. (Pausa.) ¿Me has oído, Hermanos Gómez?

HERMANOS GÓMEZ.- Sí, inspector.

INSPECTOR SALAS.- Hoy no me estás dando la réplica.

HERMANOS GÓMEZ.- Usted perdone, inspector, estaba pensando.

INSPECTOR SALAS.- Pensar puede ser una perversión. Lo tengo estudiado.

HERMANOS GÓMEZ.- Puede ser, pero a veces se siente uno sin fuerzas para otra cosa.

INSPECTOR SALAS.- ¿Sigues con el estreñimiento?

HERMANOS GÓMEZ.- El paseo me sentó muy bien, gracias a Dios.

INSPECTOR SALAS.- ¿No tendrás falta de vitaminas?

HERMANOS GÓMEZ.- No creo. A veces se siente uno filosófico sin motivo.

INSPECTOR SALAS.- Desde luego, tú no tienes motivo para la filosofía. Tú has vivido bien y has tenido experiencias.

HERMANOS GÓMEZ.- Comparado con las que uno hubiera querido tener, no han sido muchas.

INSPECTOR SALAS.- ¿Qué te ha faltado a ti?

HERMANOS GÓMEZ.- Tiempo, inspector. Cuando uno es joven cree que la vida va a dar para mucho, que va a dar tiempo de hacer más cosas de las que luego se hacen.

INSPECTOR SALAS.- Siempre falta algo. ¡Ya ves tú lo que me ha faltado a mí: esa mujer en concreto! (**Se refiere a la Niña del Almanaque.**)

HERMANOS GÓMEZ.- Mujeres ha tenido usted muchas. Sin contar los veintitrés años que estuvo usted casado. Mujeres no le han faltado nunca, inspector.

INSPECTOR SALAS.- Sí, ¡Pero ésa...!

HERMANOS GÓMEZ.- Ésa será como todas. No vaya usted a creer que será muy diferente.

INSPECTOR SALAS.- En la cuestión orgánica será igual que todas. No te lo discuto. Pero el primer día que vi la foto ahí puesta sentí un escalofrío. Sentí como si me hubieran puesto aquí, en la boca del estómago, una punta de navaja. Me pareció una explicación muy completa de todo lo que es el universo. Yo sé lo que me digo. Al verla ahí, de espaldas, tan recogida, tan de carne entera, mirando al mar, que es como si estuviera mirando al desierto, al verla ahí, enseñando las verdades por encima de todos los días del año, comprendí que era una revelación, una oscuridad muy grande, Gómez.

HERMANOS GÓMEZ.- Por la manera de mirarla que usted tiene, yo había creído, más bien, si me permite la comparación, que era una calentura del cuerpo.

INSPECTOR SALAS.- Todo está unido. Todo tiene la misma sustancia. Y cada uno lo puede interpretar según sus necesidades. Yo he sido muy secreto para mis cosas, pero he tenido siempre la sospecha de que debería haber, por escondida que estuviera, debería haber en alguna parte, digo yo, una persona a la que fuera posible contarle los sentimientos. Contárselos y que te los escuchara. ¿Te has fijado en la botella? Más que un anuncio parece un mensaje traicionero.

HERMANOS GÓMEZ.- (Con un escalofrío.) En lo referente a los sentimientos, inspector, no tendrá usted queja de que uno, dentro de lo que cabe, no se los haya escuchado.

INSPECTOR SALAS.- (Sin escucharle.) Te parecerá mentira, pero hasta la noto cambiar de un día para otro. Hoy tiene la melena más lacia.

HERMANOS GÓMEZ.- Hoy es que no hace aire ninguno.

INSPECTOR SALAS.- Y tiene hasta ternura, que ya es la sinrazón espesa.

HERMANOS GÓMEZ.- La ternura ahí se le nota poco.

INSPECTOR SALAS.- Hay que saber mirar. Hay que saber interpretar las pruebas. Hay que tener constancia.

(En ese momento, LAURITA RUIZ se mueve perceptiblemente.)

HERMANOS GÓMEZ.- En lo de la constancia está usted dejando a su tierra muy bien representada.

INSPECTOR SALAS.- ¿Tú no has notado algo? ¿Tú no has notado un movimiento?

(HERMANOS GÓMEZ se encoge de hombros, abriendo los brazos en un gesto que se podría traducir por «a mí que me registren». El INSPECTOR SALAS está confuso y excitado.)

Déjame solo. Déjame que comprenda.

(HERMANOS GÓMEZ esconde su nerviosismo en algún quehacer manual. LAURITA RUIZ empieza a levantarse lentamente, llegando a ponerse de pie. El INSPECTOR SALAS presencia, absorto, el milagro.)

Hermanos Gómez... Se me está subiendo el vino.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Qué pasa, inspector?

INSPECTOR SALAS.- Que estoy viendo lo invisible.

HERMANOS GÓMEZ.- Cada uno ve lo que se empeña en ver.

INSPECTOR SALAS.- Esto que me pasa no es científico; esto ya es la enfermedad del cerebro.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Quiere usted que le traiga algo?

INSPECTOR SALAS.- Tráeme agua.

(HERMANOS GÓMEZ va a por un vaso de agua mientras LAURITA RUIZ se da lentamente la vuelta y se queda mirando fijamente al INSPECTOR SALAS.)

Esto es una aparición con todas sus consecuencias.

(LAURITA RUIZ, con su tanga y su botella, desciende desde el hueco que ocupaba en la pared y se aproxima a la mesa del INSPECTOR SALAS. Al llegar, coloca la botella encima de la mesa y pregunta.)

LAURITA RUIZ.- ¿Me puedo sentar?

INSPECTOR SALAS.- Tú sabrás.

LAURITA RUIZ.- He venido porque me has llamado.

(El INSPECTOR SALAS se levanta, se acerca a ella y la toca para cerciorarse de que es de carne y hueso; convencido, le dice.)

INSPECTOR SALAS.- Siéntate.

FINAL DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO

Habitación en la casa del INSPECTOR SALAS. Una cama, una mesilla de noche, un perchero, del que cuelga una gabardina. En el dormitorio, se encuentran, de pie, como si acabaran de llegar, el INSPECTOR SALAS y LAURITA RUIZ.

INSPECTOR SALAS.- Has tardado mucho en venir.

LAURITA RUIZ.- ¿Por qué tenía yo que venir a tu casa?.

INSPECTOR SALAS.- Porque quién persigue a otro termina siendo un imán.

LAURITA RUIZ.- ¿Tú me has perseguido?

INSPECTOR SALAS.- Te he perseguido sin saberlo.

LAURITA RUIZ.- ¿Sí? ¡Qué misterioso!

(Desde el comienzo de la escena, ella ha jugado nerviosamente con una grabadora, que ahora coloca sobre la mesilla de noche.)

INSPECTOR SALAS.- ¿Esa grabadora para qué la quieres?

LAURITA RUIZ.- Para grabar mis memorias. La llevo siempre.

INSPECTOR SALAS.- ¿Aquí no irás a grabar?

LAURITA RUIZ.- No, hombre, aquí no.

INSPECTOR SALAS.- Entonces, ¿por qué la has traído?

LAURITA RUIZ.- Porque es una costumbre, porque me da suerte.

INSPECTOR SALAS.- (Se quita la chaqueta. Al quedar en mangas de camisa, se observa que lleva una pistola guardada en una funda ceñida en forma de bandolera. Después de mirar a LAURITA RUIZ ordena.) Desnúdate.

LAURITA RUIZ.- (No hace ningún ademán de desnudarse.) ¿Llevas siempre pistola?

INSPECTOR SALAS.- Sí.

LAURITA RUIZ.- A mí me daría miedo llevar una cosa como esa. ¿La llevas por obligación?

INSPECTOR SALAS.- La llevo por precaución; y por gusto.

LAURITA RUIZ.- ¡Qué gusto más raro! Y además incómodo.

INSPECTOR SALAS.- Tú, a lo mejor, tienes un gusto parecido. A lo mejor llevas ligero.

LAURITA RUIZ.- El ligero no pesa tanto.

INSPECTOR SALAS.- (Quitándose la pistolera con su correspondiente pistola.) No creas que esto pesa mucho. Toma. Pruébalo.

(Le tira el arma con la funda. Ella recoge el envío como si recibiera un alacrán.)

LAURITA RUIZ.- No sé qué decirte. No es un regalo que me haga mucha ilusión.

INSPECTOR SALAS.- Hay que acostumbrarse a todo.

LAURITA RUIZ.- ¿Has disparado alguna vez?

INSPECTOR SALAS.- ¿Tú qué crees?

LAURITA RUIZ.- No sé. Te lo pregunto.

INSPECTOR SALAS.- Un inspector tiene que saber usar las armas.

LAURITA RUIZ.- Ya. ¿Pero has disparado a alguna persona?

INSPECTOR SALAS.- Quizá. ¿Y tú?

LAURITA RUIZ.- (Echa hacia delante las manos empujando la pistola y su funda, mientras dice, tratando de jugar.) Pum...pum...pum.

INSPECTOR SALAS.- Está cargada.

LAURITA RUIZ.- (Asustada, no sabe qué hacer con el objeto amenazante.) Prefiero no pensar.

INSPECTOR SALAS.- Déjala encima de la mesilla de noche.

(Ella obedece.)

LAURITA RUIZ.- Esta casa impone, ¿sabes? Es como... como un cuartel. Un cuartel cerrado.

INSPECTOR SALAS.- No conocerás tú muchos cuarteles. Ni abiertos ni cerrados.

LAURITA RUIZ.- No los conozco. Pero me vienen a la cabeza. (Mira a su alrededor y señala algo que suponemos es una habitación contigua.) ¿Eso qué es?

INSPECTOR SALAS.- Un despacho.

LAURITA RUIZ.- ¡Tienes despacho!

INSPECTOR SALAS.- La investigación es labor de estudio.

LAURITA RUIZ.- ¿Y eso tan misterioso?

INSPECTOR SALAS.- La caja fuerte.

LAURITA RUIZ.- ¡Qué importancia! ¿Para qué quieres una caja fuerte?

INSPECTOR SALAS.- Preguntas mucho, Lauri. Una vez que estaba interrogando a un listillo en la comisaría me contestó bien. Me dijo: sólo las preguntas inocentes tienen respuesta verdadera. Eso contestó el tío allí sentado en la silla, tan tranquilo, como si estuviéramos en una discoteca en vez de estar en la comisaría.

LAURITA RUIZ.- Y el filósofo ese ¿qué hacía allí?

INSPECTOR SALAS.- Detenido por asesinato. **(La besa.)**

LAURITA RUIZ.- **(Apartándose suavemente.)** ¿A quién mató?

INSPECTOR SALAS.- Pruebas no teníamos. Las pruebas son un lujo.

LAURITA RUIZ.- ¿Entonces?

INSPECTOR SALAS.- En la investigación pasa como en la vida propia, que llega un momento en que has hecho una concentración tan grande que los resultados ya no dependen de las pruebas, sino que las pruebas dependen de la voluntad. Es científico.

LAURITA RUIZ.- Sí, pero al filósofo ¿qué le paso?

INSPECTOR SALAS.- Lo que pase luego no es cosa nuestra. Es cosa del juez. Ahí ya acaba nuestro trabajo.

LAURITA RUIZ.- Si es tan difícil tener pruebas, tenerlas será un triunfo.

INSPECTOR SALAS.- Lo es.

LAURITA RUIZ.- ¿Tú tienes muchas?

INSPECTOR SALAS.- Nosotros no nos quedamos con las pruebas.

LAURITA RUIZ.- A veces me da la sensación de que quieres engañarme. Yo tengo revelaciones, ¿sabes?, son como calambres en el pensamiento.

INSPECTOR SALAS.- **(Acariciándola.)** Tienes los pezones broncos.

LAURITA RUIZ.- Nunca me había tocado un inspector. Tienes las manos heladas.

INSPECTOR SALAS.- Eres un sueño turbio, Lauri. (**Se separa de ella, la mira fijamente y pregunta.**) ¿Quién te metió dentro del almanaque?

LAURITA RUIZ.- ¿Qué quieres decir?

INSPECTOR SALAS.- ¿Quién?

LAURITA RUIZ.- (**Toma una decisión heroica, huye hacia delante.**) No preguntes tonterías. ¿Sabes que yo escribo el horóscopo? Ese es mi trabajo. El horóscopo es la verdad de los astros, la verdad de las cosas. Esa verdad es la que me metió en el almanaque.

INSPECTOR SALAS.- Desde el principio, todo ha sido un desafío. (**Señalando la cama.**) Tumbate ahí.

LAURITA RUIZ.- (**Rompiendo la situación, jugando.**) ¿Y a ti, quién te sentó enfrente de la foto y te puso a comer aceitunas?

INSPECTOR SALAS.- Locuras que se hacen. La comisaría quema mucho.

LAURITA RUIZ.- ¿Qué locura estás dispuesto a hacer por mí?

INSPECTOR SALAS.- ¿Por qué tendría que hacer algo por ti?

LAURITA RUIZ.- Por inteligencia. Por instinto. Por comprensión de la vida.

INSPECTOR SALAS.- ¿Qué es lo que quieres?

LAURITA RUIZ.- ¿Tienes champagne?

INSPECTOR SALAS.- No.

LAURITA RUIZ.- ¿Y tónica?

INSPECTOR SALAS.- Tampoco.

LAURITA RUIZ.- ¿Qué es lo que tienes?

INSPECTOR SALAS.- Cognac y whisky. Y agua del grifo.

LAURITA RUIZ.- Aquí no hay ambiente. Aquí no hay provisiones. Incluso parece que no hay ni aire. Esto es poco ecológico.

INSPECTOR SALAS.- Lo único ecológico es la curva del cuerpo.

(El INSPECTOR SALAS intenta acariciarla de nuevo, pero ella se escapa.)

LAURITA RUIZ.- Para lo que tú quieres, el champagne ayudaría mucho. En la esquina hay un «24 horas», lo he visto al venir. Seguro que ahí tienen de todo.

INSPECTOR SALAS.- ¿Quieres que baje?. ¿Ahora?

LAURITA RUIZ.- Además del champagne compra unas patatas fritas, un poco de paté, pan y unas nueces.

INSPECTOR SALAS.- ¿Nada más?

LAURITA RUIZ.- Compra también aceitunas. Y no tardes.

(Sale el INSPECTOR SALAS. Se oye un portazo, LAURITA RUIZ mira a su alrededor con curiosidad; y, luego, utiliza la grabadora.)

LAURITA RUIZ.- Uno, dos... Uno, dos... Grabando apuntes para el diario. Siete de febrero. Dos y media de la madrugada. Son importantes los detalles. Deberé recordar la colcha morada. Y su cara de hombre vencido. Y su pistola. Y sus manos frías sobre mis pezones. Deberé recordar el olor de esta casa. ¿Quién limpiara esta habitación? ¿Quién le hará la comida?. También y o estoy de viaje, sheriff Manhattan. Me gustaría mandarte una postal. De lejos es todo más intenso. Tiene más novela. Me gustaría herirte y saber que, a la vuelta, me esperas en la casa. O me esperas en el bar. Fíjate bien en la foto del almanaque. Allí hay un misterio. Vivimos entre misterios y no nos damos cuenta. Estoy cumpliendo una misión especial. Ya te explicaré.

(Entra el INSPECTOR SALAS, que evidentemente ha estado escuchándola.)

¡Qué susto me has dado!

INSPECTOR SALAS.- A estas horas no creerías que iba a ir a comprar nueces.

LAURITA RUIZ.- Pues sí, me lo había creído.

INSPECTOR SALAS.- ¿Con quién hablabas?

LAURITA RUIZ.- Con las máquinas. Con la memoria. Conmigo misma.

INSPECTOR SALAS.- ¿Quién es Manhattan?

LAURITA RUIZ.- Una ciudad, un puente, un amigo mío. ¿A ti qué más te da? Son mis memorias.

INSPECTOR SALAS.- No sabía que fueses amiga de un sheriff.

LAURITA RUIZ.- Son juegos. Son palabras.

INSPECTOR SALAS.- Son mentiras. **(Le quita la grabadora de las manos. Ella apenas se resiste.)** Desnúdate.

LAURITA RUIZ.- ¿Así? ¿Ahora? ¿Sin patatas fritas? ¿Sin champagne?

INSPECTOR SALAS.- Ahora.

LAURITA RUIZ.- ¿No me has visto ya desnuda en el almanaque?

INSPECTOR SALAS.- Allí he visto un papel, pero ahora me vas a enseñar las tinieblas.

LAURITA RUIZ.- (Empieza a desnudarse lentamente.)
Hace frío.

INSPECTOR SALAS.- Pondremos música. **(Rebobina la cinta de la grabadora y hace sonar de nuevo las palabras que ella ha grabado.)**

VOZ DE LAURITA RUIZ.- Y saber que, a la vuelta, me esperas en la casa. O me esperas en el bar. Fíjate bien en la foto del almanaque. Allí hay un misterio. Vivimos entre misterios, y no nos damos cuenta. Estoy cumpliendo una misión especial. Ya te explicaré. **(Ella sigue desnudándose.)**

(Oscuro.)

(AURELIA, iluminada por un foco, abre la puerta de la taberna-bar «El Oasis» a SHERIFF MANHATTAN. Resto del escenario en penumbra.)

SHERIFF MANHATTAN.- Vengo por la moto.

AURELIA.- La moto te la ha amarrado Lauri a una columna. Dice que a ver si te crees que ella es tonta.

(SHERIFF MANHATTAN comprueba lo que dice AURELIA. La moto está enganchada con una cadena metálica a una columna.)

SHERIFF MANHATTAN.- ¿Pero es que se ha vuelto loca o qué? ¿Tienes la llave?

AURELIA.- ¿Cómo voy a tener la llave?

SHERIFF MANHATTAN.- Esta vez me las va a pagar, Aurelia. Esta vez me las paga. Te lo digo yo... Pero no es sólo lo de la moto. Es que además se ha ido. Se ha ido y me ha dejado una tarjeta diciendo que está cumpliendo una misión especial. ¿Qué te parece?

AURELIA.- Ya volverá.

SHERIFF MANHATTAN.- Tú sabrás algo...

AURELIA.- ¿Qué quieres que sepa?

SHERIFF MANHATTAN.- Algo sabrás.

AURELIA.- Ella es muy suya.

SHERIFF MANHATTAN.- A ver si me entiendes, Aurelia. Se ha ido y se ha llevado una maleta grande con todo lo que ha querido. Sin pensar en otra cosa. Y, además, me ha dejado la moto de museo. A ver si me entiendes, Aurelia, porque está lo de la moto y está lo de que se ha ido.

AURELIA.- A ti lo que te falta es importancia.

SHERIFF MANHATTAN.- Lo de no llevarla a Ibiza fue porque también hay que cuidar a las fans, hay que cuidar la clientela. Pero... luego está lo de la moto. Y eso no se lo perdono. **(Pausa.)** Estoy solo, ¿comprendes?

AURELIA.- Lo de la soledad se podría arreglar.

SHERIFF MANHATTAN.- ¿Cómo?

AURELIA.- Con novedades.

SHERIFF MANHATTAN.- **(Gritando, mientras se dirige hacia la puerta.)** ¿Y lo de la moto, qué? Lo de la moto es de denuncia, es de navaja. **(Sale.)**

(Oscuro muy breve.)

(Se ilumina lentamente el bar. AURELIA está detrás de la barra. HERMANOS GÓMEZ atiende y sirve entre las mesas. LAURITA RUIZ, sentada junto a una mesa, tiene a su lado una maleta. Hay además varios Clientes. Uno de ellos apoyado en la barra, le dice a AURELIA.)

CLIENTE.- Dame usté un mosto. No son horas de alcohol.

(Coge la copa servida por AURELIA y se dirige a una mesa cercana a la que ocupa LAURITA RUIZ, que se siente incómoda. Se levanta y se acerca a la barra.)

LAURITA RUIZ.- Cuando puedas me pones otra tónica, Aurelia. ¡Ya ves qué situación!: Sin poder entrar en la casa y tirando de la maleta.

AURELIA.- ¿La quieres con hielo?

LAURITA RUIZ.- Lo de cambiar la cerradura de la puerta, aunque sea una venganza, es un abuso. Seguramente no será ni legal. ¿Tú qué crees?

AURELIA.- ¿A quién se le ocurre llevarse la maleta como si fueras de veraneo? Con lo claras que estaban las fechas. Con lo claro que estaba todo.

LAURITA RUIZ.- Lo hice para darle castigo.

AURELIA.- No se puede hacer todo al mismo tiempo. No se puede una descolgar de esa pared en bragas, embobar a un inspector, quitarle las pruebas, aunque todavía no se las has quitado, y encima darle castigo a Manhattan.

LAURITA RUIZ.- Pues ese era el fundamento.

AURELIA.- Si hubieras hecho lo práctico, no estarías ahora sin poder entrar en tu casa y tendrías la parte del dinero que te dijo Hermanos Gómez.

LAURITA RUIZ.- El dinero me hace falta, ¿sabes?

AURELIA.- Los demás también estamos escasos.

LAURITA RUIZ.- Pero yo es que estoy en la calle. Lo primero que necesito es una habitación. Y hay que pagarla.

AURELIA.- Podías haber seguido con el inspector. ¿O se ha cansado ya de ver visiones?

LAURITA RUIZ.- No me voy a pasar la vida como si fuera una visión.

AURELIA.- Si hubieras traído las pruebas, habría dinero.

LAURITA RUIZ.- Lo de quitarle las pruebas, no va a poder ser.

AURELIA.- ¿Por qué?

LAURITA RUIZ.- Porque es peligroso.

AURELIA.- Él tendrá que pagar con algo la sustancia que le ha dado el almanaque. ¿O es que va a ser gratis?

LAURITA RUIZ.- (Refiriéndose a la Tónica.) Quítame el hielo.

AURELIA.- (Quitando el hielo del vaso.) ¡Qué lástima, con un cuerpo como el tuyo, tener tan poca ambición!

(LAURITA RUIZ coge su vaso y se sienta en una mesa, ostensiblemente furiosa. HERMANOS GÓMEZ que estaba moviéndose por el local, al intuir que algo no va bien, se acerca a AURELIA. Se oye la voz de un cliente.)

CLIENTE.- Cuando pueda, nos trae la cuenta.

AURELIA.- (A HERMANOS GÓMEZ, en un susurro.) Tienes que hablar con Lauri.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Qué pasa?

AURELIA.- Dice que no va a quitarle las pruebas.

HERMANOS GÓMEZ.- Lleva la cuenta a la mesa cinco. (Se dirige hacia LAURITA RUIZ.) ¿Qué pasa, Lauri? ¿Hay dificultades?

LAURITA RUIZ.- Y grandes. (Señalando arriba.) Ha cambiado la llave de la puerta.

HERMANOS GÓMEZ.- Bueno, tú hiciste lo mismo con la moto.

LAURITA RUIZ.- Pero yo no soy una moto.

CLIENTE.- A ver si me da usted otro mosto.

(AURELIA se ocupa de los pocos Clientes que quedan, incluyendo al del mosto.)

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Has visto qué panorama? ¿Has visto cómo está el local?

LAURITA RUIZ.- ¿Cómo?

HERMANOS GÓMEZ.- Decaído. En las ultimas. Nos han cerrado las máquinas y aquí y a ves lo que hay : una clientela muy débil.

LAURITA RUIZ.- ¿Han cerrado las máquinas?

HERMANOS GÓMEZ.- Ayer nos lo notificaron; éste no es un local recreativo. Son licencias distintas.

LAURITA RUIZ.- ¿Tú entiendes de leyes?

HERMANOS GÓMEZ.- Hay que entenderlas porque si no es peor.

LAURITA RUIZ.- ¿Qué vas a hacer?

HERMANOS GÓMEZ.- No lo sé. Aurelia dice que no has querido colaborar en lo de las pruebas. Eso nos perjudica mayormente a nosotros.

LAURITA RUIZ.- ¿Tan importantes son las pruebas?

HERMANOS GÓMEZ.- Son importantes, porque son dinero. En la necesidad, el dinero importa.

LAURITA RUIZ.- No se las he quitado porque no se me ha ocurrido la manera. Están en una caja fuerte. Yo creo que quitárselas tiene peligro.

HERMANOS GÓMEZ.- Por eso tiene recompensa. Nosotros podríamos ofrecerte hasta dos kilos.

LAURITA RUIZ.- ¿Dos millones?

HERMANOS GÓMEZ.- Es la mitad de lo que nos ofrecen a nosotros. Así repartimos.

LAURITA RUIZ.- ¿No has oído?

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Qué?

LAURITA RUIZ.- Pasos arriba. En mi casa.

HERMANOS GÓMEZ.- Llámale por teléfono.

LAURITA RUIZ.- No. Voy a subir. ¿No has oído unos tacones? **(Se levanta y coge la maleta.)**

HERMANOS GÓMEZ.- Deja la maleta aquí, si quieres...

LAURITA RUIZ.- Voy a mi casa, ¿no te das cuenta?

HERMANOS GÓMEZ.- Como tú prefieras.

LAURITA RUIZ.- Apúntame las tónicas. **(Sale.)**

AURELIA.- ¿Qué te ha dicho?

HERMANOS GÓMEZ.- Está asustada. Necesita más estímulo.

AURELIA.- ¿Cuánto estímulo le vas a dar?

HERMANOS GÓMEZ.- Dos kilos.

AURELIA.- Se lo va a terminar llevando todo.

(Salen los únicos Clientes que quedaban aparte del bebedor de mosto. Uno de ellos saluda al salir.)

Buenas noches.

HERMANOS GÓMEZ.- Buenas.

(Vuelve a entrar LAURITA RUIZ, con su maleta.)

AURELIA.- ¿Te has olvidado algo?

LAURITA RUIZ.- No me atrevo a subir.

HERMANOS GÓMEZ.- Llámale por teléfono.

(LAURITA RUIZ se dirige al teléfono público y llama. En un lateral, iluminado por un foco, puede verse al SHERIFF MANHATTAN, que contesta a la llamada.)

SHERIFF MANHATTAN.- Diga...¿Quién es?

LAURITA RUIZ.- Soy yo. Te llamaba para darte las llaves de la cadena de la moto. Fue una tontería que hice.

SHERIFF MANHATTAN.- Ahora estoy descansando de moto. Estoy componiendo, haciendo canciones que no sólo tienen ritmo, tienen además una letra propia. Es algo muy fuerte. Seguro que te van a gustar.

LAURITA RUIZ.- Hasta ahora te había hecho yo las letras.

SHERIFF MANHATTAN.- Sí, pero ahora estoy haciendo canciones personales. Es la única manera de hacer buena música.

LAURITA RUIZ.- Lo de cambiar la cerradura de la puerta también ha sido muy personal.

SHERIFF MANHATTAN.- Ha sido una protección. Hay que saber responder.

LAURITA RUIZ.- Pues me tendrás que dar la llave nueva, la llave de protección.

SHERIFF MANHATTAN.- Cuando acabe la temporada de vacaciones.

LAURITA RUIZ.- ¿Pero tú qué te has creído? ¿Que la vivienda es un lujo? ¿Que la vivienda puede entrar en una pelea? Están las leyes.

SHERIFF MANHATTAN.- Ya he hablado con quién tenía que hablar. Estoy informado.

LAURITA RUIZ.- O sea, que... que te quieres quedar ahí solo.

SHERIFF MANHATTAN.- Quiero un descanso. No estamos dándonos suerte.

LAURITA RUIZ.- Habíamos soñado con vivir sin que esto nos llegara a pasar nunca.

SHERIFF MANHATTAN.- Pues sí, pero no ha podido ser. Y yo quiero vivir la vida, que luego dicen que se acaba. Vívela tú también.

LAURITA RUIZ.- Habíamos querido vivir juntos un torbellino histórico, ¿te acuerdas?

SHERIFF MANHATTAN.- Sí, me acuerdo. Pero toda la filosofía es música.

LAURITA RUIZ.- ¿Y no quieres las llaves de la moto?

SHERIFF MANHATTAN.- Ahora, no. La moto la he dejado de exposición.

LAURITA RUIZ.- Estoy harta, Manhattan, que no eres Manhattan, que eres Pepe Lozano, y que me tienes harta. Si te quieres quedar ahí solo, quédate solo. Pero me tendrás que dar dinero y me tendrás que abrir para que me lleve la ropa.

SHERIFF MANHATTAN.- Dinero no hay. La ropa te la mando. Ya me dirás adónde.

LAURITA RUIZ.- ¿Sabes lo que te digo? Que espero que te pudras solo y que te mueras solo.

SHERIFF MANHATTAN.- Solo no estoy.

LAURITA RUIZ.- ¿No?

SHERIFF MANHATTAN.- No. Tú misma me diste la idea. Te quise llevar a Úbeda, y me dijiste: llévate a la del almanaque. Anda, llévate a ésa, llévate a la de la foto. ¿Te acuerdas? La de la foto que hay abajo en el bar.

LAURITA RUIZ.- ¿Qué dices? ¿Qué tienes ahí arriba a la del almanaque?

SHERIFF MANHATTAN.- Pues sí. Estaba yo el otro día en la barra del bar cuando entró ella, y va y me dice Aurelia: Esa es la de la foto que os gusta a todos tanto. ¿Quieres conocerla? ¡Claro, como tú te habías ido...!

LAURITA RUIZ.- Eres un asqueroso, y un cerdo, y un asqueroso. Y un cabrón, y un asqueroso. ¡Quédate con ella!

(Cuelga el teléfono. Se apaga el foco que iluminaba al SHERIFF MANHATTAN, ella mira desconcertada a la fotografía del almanaque, a AURELIA y al bebedor de mosto, que animado por lo gritos que ella acaba de dar, dice.)

CLIENTE.- Dame usté una copa de coñá. **(Señalando a LAURITA RUIZ.)** Es que me vienen recuerdos.

LAURITA RUIZ.- Desde mañana os voy a escribir a todos un horóscopo que os va a perseguir como una mala estrella. Un horóscopo asesino.

HERMANOS GÓMEZ.- **(Señalando al cliente.)** Comprende que esto es un lugar público.

LAURITA RUIZ.- Me da lo mismo. **(Se sienta en la mesa y ordena a HERMANOS GÓMEZ.)** Ven aquí, que tenemos que hablar. ¿Has dicho dos millones?

HERMANOS GÓMEZ.- (Dirigiéndose al único cliente.)
Es la hora del cierre.

(El cliente señala con el dedo a LAURITA RUIZ.)

Es de la casa.

CLIENTE.- ¿Y la moto?

HERMANOS GÓMEZ.- También es de la casa. **(Se levanta, se bebe de un trago la copa de coñac y pregunta.)**
¿Qué se debe?

HERMANOS GÓMEZ.- Atiende al señor, Aurelia.

(Mientras AURELIA cobra al cliente, vuelve HERMANOS GÓMEZ a la mesa de LAURITA RUIZ.)

No es cosa de ir por el mundo dando gritos. Y más en los asuntos privados. Tienes que comprender. Nos puedes poner a todos en un compromiso.

CLIENTE.- (Desde la puerta, a LAURITA RUIZ.) Me ha dado usted muchos recuerdos. **(Sale.)**

HERMANOS GÓMEZ.- Es un compromiso Lauri, porque este asunto es muy confidencial. Si no lo puedes llevar con discreción, no hay trato.

LAURITA RUIZ.- ¿Has dicho dos millones?

HERMANOS GÓMEZ.- Eso he dicho.

LAURITA RUIZ.- ¿Y cómo sé que es verdad? Ya no me puedo fiar de nada.

HERMANOS GÓMEZ.- La mejor garantía ha sido siempre la confianza.

LAURITA RUIZ.- Entonces no hay garantía. Lo que me ha hecho Aurelia es muy miserable.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Y a nosotros quién nos garantiza que tú, después de quitarle las pruebas, nos las vas a traer?

AURELIA.- No hay por qué preocuparse. Se hará entrega por entrega: pruebas por dinero. Así no hay engaño.

LAURITA RUIZ.- ¿Y tú Aurelia, por qué has hecho con Manhattan lo que has hecho?

AURELIA.- Para ayudarlo, para que no estuviera solo.

HERMANOS GÓMEZ.- El inspector perdió un día aquí este llavero. Dijo que era un llavero íntimo. Puede serte útil. (HERMANOSGÓMEZ entrega a LAURITA RUIZ un llavero con dos llaves.)

LAURITA RUIZ.- ¿De dónde es?

HERMANOS GÓMEZ.- Saberlo, no lo sabemos; pero mejor será que te lo lleves.

LAURITA RUIZ.- (Llama por teléfono.) ¿Antonio?... Soy yo, Lauri... ¿Cómo estás?... Te llamo desde la estación... Sí, sí, desde la estación, con la maleta. He pensado en todo lo que me has dicho, y he decidido no irme. Pues sí, ha sido un cambio de opinión, pero no es raro, ya sabes cómo son las cosas del universo. A lo mejor tenía que ser así... No, no vengas a recogerme a la estación. Es mejor que coja un taxi... Sí, voy para allá... Un beso. (Cuelga el teléfono. Mira a la pareja con gran desprecio y les dice.) Entrega por entrega. Que no se os olvide.

HERMANOS GÓMEZ.- Para cualquier complicación que haya no tienes más que avisarnos. Díselo tú también Aurelia.

AURELIA.- Ella ya sabe que estamos aquí.

(LAURITA RUIZ coge su maleta y sale sin despedirse.)

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Quién es la que le has presentado al Manhattan?

AURELIA.- Niñas del almanaque hay muchas.

HERMANOS GÓMEZ.- Nos estamos metiendo en un conflicto.

AURELIA.- Siempre has sido muy cobarde. Por eso estamos en donde estamos.

HERMANOS GÓMEZ.- He hecho todo lo que tú has querido. Y lo he hecho por ti, sin otra necesidad.

AURELIA.- Lo has hecho porque has acabado teniéndome más miedo a mí que a todo lo demás. Eres muy manso, Gómez. Pero todavía se podrían hacer negocios. El almanaque se ve que es un invento rentable. Lauri ya ha conseguido una pensión del inspector. Y con el cantante también dio resultado. Tenía yo un compromiso con la Nati y, un día que coincidieron aquí los dos, le dije al Manhattan que ella era la de la fotografía del almanaque. A ver qué pasaba. Y, ya sabes, la metió arriba en su piso y se olvidó de la moto. Total, que la Nati se ha hecho y a con todo lo que él ha ganado en la gira mediterránea.

HERMANOS GÓMEZ.- Sí, pero no veo el negocio para nosotros.

AURELIA.- El negocio es poner más almanaques. Sitio hay. Y meterles dentro un puterío fino.

HERMANOS GÓMEZ.- Habría que hacer armarios empotrados y meterlas a ellas dentro, haciendo posturas.

AURELIA.- Esa es la idea.

(Oscuro.)

(Habitación en la casa del INSPECTOR SALAS. El INSPECTOR está sentado en la cama, con la grabadora de LAURITA RUIZ en las manos. Una transparencia permite ver la silueta de ella mientras se ducha.)

INSPECTOR SALAS.- Para las memorias verdaderas no sirven los aparatos mecánicos. La memoria es otra cosa. Aquí lo único que tú has grabado han sido debilidades, pruebas que regalas a los otros sin motivo. Incluso me han servido a mí para conocer mejor tus equivocaciones. No deberías darme ventajas. No deberías confundir esta casa con un balneario.

VOZ DE LAURITA RUIZ.- Con el ruido del agua no te entiendo.

INSPECTOR SALAS.- La memoria tiene raíces. Es como una enredadera. Uno no puede elegir. Las cosas pasan. Y sólo se recuerdan las que han quedado pintadas dentro de la maraña. La memoria no cabe en este aparato. No cabe en ninguna parte. Es peor que el delito.

VOZ DE LAURITA RUIZ.- Habla más alto. No te entiendo.

INSPECTOR SALAS.- Le rompí las venas de los párpados sin querer. Le resbalaba sangre por los ojos. Me había mirado como tú me miras muchas veces. Desde muy lejos. Desde tan lejos que parecía que quería decirme algo que yo no iba a entender nunca. Me he pasado la vida buscando pruebas, trabajando para conseguir dinero y prestigio, pero dinero, dinero para algunas mujeres, dinero para los hijos. Me he pasado la vida haciendo una investigación que yo creía rigurosa, viviendo de los indicios. Pero todo ha sido ignorancia. La ignorancia no tiene límite. Esa es la verdad.

(Entra LAURITA RUIZ envuelta en una toalla.)

LAURITA RUIZ.- ¿Cuál dices que es la verdad?

INSPECTOR SALAS.- La verdad es que me gustaría tocarte las entrañas.

LAURITA RUIZ.- Ya. ¿Y qué es lo que decías de la ignorancia?

INSPECTOR SALAS.- Decía que no tiene límite. Y no lo tiene.

LAURITA RUIZ.- (Refiriéndose a la grabadora.) Estoy harta de que cojas mis memorias. Ya nunca más voy a grabar nada ahí.

INSPECTOR SALAS.- Lo peor sería que le dieras a alguien pruebas.

LAURITA RUIZ.- Pruebas de qué.

INSPECTOR SALAS.- De tus miedos.

LAURITA RUIZ.- Miedos de qué.

INSPECTOR SALAS.- La nuestra es una profesión dura. A veces no descubres lo que buscas, y otras veces descubres lo que no te gustaría descubrir.

LAURITA RUIZ.- O descubres lo que no eres capaz de comprender.

INSPECTOR SALAS.- También puede pasar. En la fotografía del almanaque lo primero que me llamó la atención fue el tamaño. El tamaño natural en una fotografía no es lo corriente. Al principio no fui capaz de comprenderlo. Así que me dio por investigar.

LAURITA RUIZ.- ¿Y no podía ser una fotografía sin más?

INSPECTOR SALAS.- Podía ser. No todas las investigaciones son científicas. Eso ya se sabe. Investigar es dejarse llevar por lo más desconocido que uno encuentre. Lo que yo veía en la pared era el mapa del mundo. Un abismo sin fondo.

LAURITA RUIZ.- Me da vértigo pensar que veías eso en una fotografía mía.

INSPECTOR SALAS.- La fotografía no era tuya.

LAURITA RUIZ.- ¿No?

INSPECTOR SALAS.- No.

LAURITA RUIZ.- ¿Y eso?

INSPECTOR SALAS.- Ella, la de la foto, es de cintura más estrecha y muslo más turbio. Luego comprobé que tú no tienes los tres lunares que tiene ella en las afueras de las bragas. Aunque tú tengas uno que vale por todos los de la otra. Porque lo tienes en el borde del precipicio y asentado en la carne verdadera.

LAURITA RUIZ.- ¿Qué pasa? ¿ Me has estado engañando?

INSPECTOR SALAS.- Has venido y te he recibido. En eso no ha habido engaño. (Pausa.) En eso, no. Pero... tú si podías estar engañándome.

LAURITA RUIZ.- (Abriendo la toalla.) ¿Es que aquí puede haber engaño?

INSPECTOR SALAS.- Puede haberlo.

LAURITA RUIZ.- (Envolviéndose de nuevo en la toalla.)
Hay cosas que no se sabe por qué se hacen. Te escuchaba todas las noches. Todas. Lo que decías me excitaba. Tu locura me excitaba. Fue una apuesta conmigo misma: ¿Podré yo sustituirla?, ¿podré ocupar su puesto?, ¿podré ser motivo de una pasión como esa?, ¿de una pasión tan difícil?. Y es que, si una se descuida, puede gustar hasta el veneno.

INSPECTOR SALAS.- No te creo, Lauri.

LAURITA RUIZ.- Era un delirio al alcance de la mano. Era una pasión tan desproporcionada que me excitaba. Estoy diciendo la verdad.

INSPECTOR SALAS.- Demuéstramelo.

LAURITA RUIZ.- La verdad es una cosa que se cree, no es una cosa que se demuestra. Si yo no soy la de la foto, ¿qué es lo que te gusta de mí?

INSPECTOR SALAS.- Que tienes memoria y puedo tocarte los sentimientos.

LAURITA RUIZ.- ¿Quién te gusta más: la del almanaque o yo?

INSPECTOR SALAS.- ¡Qué puta te estás volviendo, Lauri!

LAURITA RUIZ.- Tú no tendrás razón de queja.

INSPECTOR SALAS.- Todavía no, pero habrá que esperar para saber si eres un animal certero.

LAURITA RUIZ.- No sé por qué estoy contigo. Me voy a vestir. **(Hace ademán de salir. Pero antes se vuelve y dice.)** La del almanaque no tiene los muslos más turbios. Lo que tiene es celulitis.

(Oscuro.)

(En la penumbra reaparece la taberna-bar. Allí están AURELIA y HERMANOS GÓMEZ. Suena el teléfono. Lo coge AURELIA.)

AURELIA.- Diga... Sí, soy yo... Sí, sí, claro... Espera que se lo voy a decir a él. (A HERMANOS GÓMEZ.) Es Lauri, dice que ya tiene las pruebas.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Laurita Ruiz? ¿Ahora? ¿Con las pruebas?

AURELIA.- (Al teléfono.) Dice Hermanos Gómez que, después de tanto tiempo sin saber de ti, ya creíamos que te habías olvidado de nosotros. Sí, sí, ya me imagino que habrás tenido dificultades... Claro, conseguir algo no es fácil... Nosotros ahora hemos cambiado el negocio. Cuando vengas ya verás las novedades... ¿El dinero? ¿qué dinero? Primero habrá que ver qué género nos traes... No, no te pongas así. Tú ven, que luego ya se verá lo que tiene que pagar cada uno. Dice Hermanos Gómez que vengas el jueves. A la hora del cierre. La hora de cierre sigue siendo la misma. (Cuelga. Siguen en la penumbra, como dos sombras siniestras.)

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Las tendrá de verdad?

AURELIA.- Eso es seguro. Si no, no llama.

HERMANOS GÓMEZ.- Cuando el inspector se entere nos fusila.

AURELIA.- A nosotros el jubilado, nos da lo mismo. Nosotros no sabemos nada. Hemos hecho las cosas con cabeza. Tenemos una coartada, como él dice. Y en un caso así eso es lo único que hay que tener.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Qué coartada tenemos?

AURELIA.- Nosotros tenemos aquí muchas niñas del almanaque, nosotros de Lauri no sabemos nada. ¿Quién es Lauri? Una de las muchas que han salido del almanaque para darle gusto a los caprichos de la clientela. ¿Que ella le robó algo? Pues que avise a la policía.

HERMANOS GÓMEZ.- Aurelia, este invento tuyo tiene peligro.

AURELIA.- Lo que tienes que hacer es hablar con don Dalmacio y tener aquí el dinero para el jueves.

(Lentamente va aumentando la luz del escenario. Se observan cambios en el local. El hueco de la pared en donde se instaló LAURITA RUIZ está ocupado por una nueva mujer que finge ser modelo de un almanaque. Se ven uno o dos almanaques más, que están igualmente ocupados por modelos estáticas que fingien ser una fotografía o un cuadro. Hay una cierta fantasía canalla en los adornos. Un recuerdo a Julio Romero de Torres. Resaca de bulla y puterío. Hay varios Clientes.)

CLIENTE DON AGUSTÍN.- ¡Qué negocio tan gracioso has puesto, Hermanos Gómez! Y es que tú siempre has sido muy de espectáculos. ¡Qué buena idea lo de la moto! **(A su acompañante.)** ¿No te gusta, Fernando?

CLIENTE DON FERNANDO.- **(Por uno de los almanaques.)** Pero lo inquietante es esto: la hembra quieta, la hembra esperando.

CLIENTE DON AGUSTÍN.- Tranquilo, Fernando. Cada cosa en su momento. Primero que nos traigan una botellita de fino.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Quieren tapa?

CLIENTE DON AGUSTÍN.- Trae jamón.

CLIENTE DON FERNANDO.- Y si acaso unos boqueroncitos en vinagre.

HERMANOS GÓMEZ.- **(A AURELIA.)** ¡Una de jamón! ¡Una de boquerones en vinagre! **(A los Clientes.)** Lo que yo siento es que hayan venido ustedes tan tarde, porque a estas horas no podemos atenderles debidamente.

CLIENTE DON AGUSTÍN.- ¿Que hemos venido tarde? ¿Pero qué dices? Si no ha empezado la madrugada.

CLIENTE DON FERNANDO.- **(Riendo la gracia de su amigo.)** No puede ser tarde con todo lo que queda por salir del almanaque.

CLIENTE DON AGUSTÍN.- ¿Esto? ¡Esto es lo más grande que hay! **(Palmea las nalgas de la mujer que finge ser fotografía.)**

HERMANOS GÓMEZ.- Sin desahogos, don Agustín, que la señorita está ahí sólo para alimentar la fantasía. Otros deberes no tiene.

CLIENTE DON AGUSTÍN.- Pues ponlo. Pon un letrero que diga: Se prohíbe tocar la mercancía. Que lo ponga claro. Para que no haya reclamaciones.

HERMANOS GÓMEZ.- (Baja un cartel que separa a la modelo del exterior; ocultándola detrás de una fotografía que reproduce la imagen que hasta ese momento era real. Luego hará lo mismo con las otras modelos; quedando todas cubiertas por las fotografías que las reproducen.) Hoy es mal día, porque estamos con el tiempo muy justo, pero si quieren hacer algún trato se puede hacer.

CLIENTE DON AGUSTÍN.- ¡Nos estás echando, Hermanos Gómez!

HERMANOS GÓMEZ.- Estamos muy vigilados, don Agustín; primero fue la licencia de las máquinas, y ahora nos tienen perseguidos por el invento del almanaque.

CLIENTE DON AGUSTÍN.- En este país siempre pasa lo mismo: no se respeta la imaginación. Siempre ha sido así, pero ahora estamos peor que nunca.

CLIENTE DON FERNANDO.- Lo que no puede ser, Gómez, es que nos enseñen carnes de primera y luego les pongas una funda.

HERMANOS GÓMEZ.- Usted ya sabe que los tratos que aquí hacemos son de acompañamiento para tres días, incluyendo los gastos de un hotel en la sierra. Turismo rural. O, si lo prefieren, billete de avión, ida y vuelta, con hotel en Ibiza.

CLIENTE DON AGUSTÍN.- Qué bien estáis montados. Con exigencias.

CLIENTE DON FERNANDO.- ¿Y no puede ser menos tiempo?

HERMANOS GÓMEZ.- Lo nuestro es un servicio especial; muy concreto.

CLIENTE DON FERNANDO.- ¿Y en esos tres días qué hace uno con los parientes?

HERMANOS GÓMEZ.- Cuestión personal.

(Entra el INSPECTOR SALAS. Lleva puesta una gabardina. Observa con atención los cambios del local. A continuación se dirige a una mesa cercana a la moto y se sienta junto a ella. HERMANOS GÓMEZ se excusa con los Clientes y se dirige hacia el INSPECTOR. AURELIA sustituye a su marido en el trato con los Clientes. Se acerca a la mesa que ocupan llevando provisiones.)

AURELIA.- Una de jamón y una de boquerones en vinagre.

HERMANOS GÓMEZ.- Buenas noches, don Antonio.

INSPECTOR SALAS.- No sé si me habré sentado en una mesa reservada.

HERMANOS GÓMEZ.- Para usted todas las mesas están libres, don Antonio. Ya hacía tiempo que no venía.

INSPECTOR SALAS.- Mucho tiempo, pero éste es uno de los pocos locales rancios que quedan y, aunque uno no quiera, hay que volver.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Qué va usted a tomar?, ¿su botellita de vino fino y sus aceitunas?

INSPECTOR SALAS.- Sí.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Alguna otra cosa?

INSPECTOR SALAS.- Un puro. De buena marca.

HERMANO GÓMEZ.- Ahora mismo se lo traigo.

CLIENTE DON AGUSTÍN.- Cuando puedas ven aquí, Hermanos Gómez, que Aurelia es muy dura para los platos.

(El INSPECTOR SALAS quedará en silencio, observando todo con gran atención. AURELIA, cuando corresponda, le llevará lo que ha pedido.)

HERMANOS GÓMEZ.- Aurelia, ocúpate tú de don Antonio. (A CLIENTE DON AGUSTÍN.) Dura para los platos no es, pero, eso sí, ella entiende más.

CLIENTE DON AGUSTÍN.- ¿Qué pasa? ¿Tú ya no entiendes de mujeres?

HERMANOS GÓMEZ.- Poco.

CLIENTE DON AGUSTÍN.- Por poco que entiendas, esto lo tienes que arreglar. Escucha bien: aquí, don Fernando, quiere un desahogo pero lo que no quiere es un viaje de novios.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Le parecen a usted mucho tres días?

CLIENTE DON AGUSTÍN.- Y tres noches.

HERMANOS GÓMEZ.- Nosotros el trato que tenemos aquí es ese.

CLIENTE DON AGUSTÍN.- Pues él no necesita más que tres horas. Y que levantes las tapaderas que les has puesto para que las podamos examinar en vivo.

HERMANOS GÓMEZ.- Levantar las fotos, por la hora que es, ya no es posible. Pero lo de las tres horas se puede estudiar. Claro que, eso sí, serían horas extras.

CLIENTE DON FERNANDO.- Ya nos vamos entendiendo.

(Entra SHERIFF MANHATTAN, muy excitado, con un periódico en la mano. Quizá está borracho. Se coloca en la barra.)

HERMANOS GÓMEZ.- La buena voluntad es muy importante.

CLIENTE DON AGUSTÍN.- La buena voluntad y los billetes grandes. Levanta ya las fotos para que disfrutemos el natural.

AURELIA.- Si ustedes han llegado ya a un acuerdo, lo mejor sería que acabaran de tomarse la consumición en el reservado y así no habría problemas con las paredes.

CLIENTE DON AGUSTÍN.- Eso es entender la verdad. ¿Dónde están las cuevas?

AURELIA.- Por aquí.

CLIENTE DON AGUSTÍN.- No te vayas a perder, Fernando. Deja que Aurelia nos guíe. **(Sale detrás de AURELIA, hacia el reservado.)**

HERMANOS GÓMEZ.- **(A SHERIFF MANHATTAN.)**
¿Pasa algo?

SHERIFF MANHATTAN.- He venido a llevarme la moto.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Tienes la llave?

SHERIFF MANHATTAN.- No.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Entonces?

SHERIFF MANHATTAN.- Si no he venido antes por la moto ha sido porque me daba asco ver aquí a la puta Aurelia y a la puta Nati.

HERMANOS GÓMEZ.- Un respeto.

SHERIFF MANHATTAN.- ¿Qué respeto? Si me han quitado el dinero que tenía y encima me quieren cobrar una paga extra por la moto.

HERMANOS GÓMEZ.- La moto ya ha caducado. La moto ya no es tuya.

SHERIFF MANHATTAN.- ¿Que no es mía? ¿Que ha caducado? ¿A ti no te han partío nunca la cara?

HERMANOS GÓMEZ.- Tranquilooo... Tranquilo. ¿Por qué no dejas este asunto para mañana y hablamos despacio? **(Por el INSPECTOR SALAS.)** Sin clientes.

SHERIFF MANHATTAN.- He venido a llevarme la moto. Y me la llevo ahora. ¿Tienes dudas?

HERMANOS GÓMEZ.- Después de tanto tiempo ¿a qué vienen esas prisas?

SHERIFF MANHATTAN.- Lauri me está pidiendo lucha. Y me la está pidiendo ahora.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Qué tiene Lauri que ver con todo esto?

SHERIFF MANHATTAN.- Ella me ha citado aquí. Y además me lo ha dejado escrito en el horóscopo. Piscis. Escucha lo que dice: No huyas ni te confíes. No existen los oasis. Aprende la eficacia de la crueldad. Si no vuelves por lo que dejaste abandonado, tu amor será turbia penumbra morada. ¿Lo entiendes?

HERMANOS GÓMEZ.- Es como un verso. Como la letra de una canción.

SHERIFF MANHATTAN.- No entiendes nada. Ella me está pidiendo lucha.

(**Entra AURELIA.**)

AURELIA.- ¿Con quién quieres luchar tú, desgraciado?

SHERIFF MANHATTAN.- Me las voy a llevar a las dos. A Lauri y a la moto.

AURELIA.- ¿Lauri te ha citado aquí? ¿Hoy?

SHERIFF MANHATTAN.- Sí. ¿Pasa algo?

AURELIA.- Pasa que eres un mierda, que no tiene dinero para pagar lo que contrata. Si te quieres llevar la moto te la puedes llevar como regalo de la casa. Pero te la llevas ya, ahora mismo. Y a Lauri la esperas en los soportales, que en esta casa está reservado el derecho de admisión.

SHERIFF MANHATTAN.- Ahora lo que necesito es la moto. Cuando necesite otra cosa, volveré. (**Saca del bolsillo un cortafrío y un martillo.**)

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Eso qué es? ¿Has traído herramientas?

SHERIFF MANHATTAN.- (**Se dirige hacia la moto. Por la cercanía, se disculpa ante el INSPECTOR SALAS.**) Con su permiso. (**Martillea sobre el cortafrío para romper la cadena que une la moto a la columna. Los golpes recuerdan un martinete.**)

INSPECTOR SALAS.- Los metales son difíciles de romper. Difíciles de separar.

SHERIFF MANHATTAN.- ¿Es usted técnico en la materia?

INSPECTOR SALAS.- ¿No has probado con una buena llave?

SHERIFF MANHATTAN.- ¡Joder, si tuviera la llave...!

INSPECTOR SALAS.- Hay llaves especiales. ¿Conoces la llave maestra?

HERMANOS GÓMEZ.- (A SHERIFF MANHATTAN.)
¿Quieres ayuda?

SHERIFF MANHATTAN.- No hace falta.

HERMANOS GÓMEZ.- (A INSPECTOR SALAS.) Es suya y la quiere ahora.

INSPECTOR SALAS.- Hace bien. Si le sirve, que se la lleve.

SHERIFF MANHATTAN.- ¿Y los mirones para qué sirven?

INSPECTOR SALAS.- Dale golpes más secos. Dale en el centro. Cogiendo el cortafrío como si fueras a clavarlo en un animal que te estuviera mirando. Como si fuera un puñal.

SHERIFF MANHATTAN.- ¡No ves, el martillazo que me he dado! (SHERIFF MANHATTAN se ha golpeado con el martillo en la mano, pero la cadena se ha roto y la moto queda libre.)

INSPECTOR SALAS.- La constancia es muy triunfadora.

SHERIFF MANHATTAN.- (Arrojando al suelo el cortafrío y el martillo.) La constancia y las armas. (Echa una mirada de evaluación general y se despide, diciendo.) No creáis que se me olvida. Ya vendré a pagar el parking. Se queda el bar sin faro.

(Sale, llevándose la moto. AURELIA cierra la puerta.)

INSPECTOR SALAS.- Parece que no está contento con el servicio.

HERMANOS GÓMEZ.- Será porque tiene rencores.

INSPECTOR SALAS.- Habéis puteado mucho el local.

HERMANOS GÓMEZ.- Ha sido la necesidad.

INSPECTOR SALAS.- ¿No echáis el cierre?

HERMANOS GÓMEZ.- Como está usted dentro...

INSPECTOR SALAS.- Antes, yo era de la casa.

HERMANOS GÓMEZ.- Usted se puede pasar aquí la noche entera, si quiere.

INSPECTOR SALAS.- (Parece estar en la comisaría iniciando un interrogatorio.) ¿Queréis aceitunas?

HERMANOS GÓMEZ.- Ahora, no, muchas gracias.

AURELIA.- Lo mío es trabajar, limpiar todo esto y dejarlo como nuevo para volver a empezar otra vez mañana. (Efectivamente comienza a limpiar.)

INSPECTOR SALAS.- (A HERMANOS GÓMEZ.) ¿Cómo tienes los intestinos?

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Los intestinos?

INSPECTOR SALAS.- ¿No son tu punto débil?

HERMANOS GÓMEZ.- Eso fue un día que tuve un estreñimiento, pero ya pasó.

INSPECTOR SALAS.- Siempre has sido muy poco científico. Los estreñimientos no pasan.

HERMANOS GÓMEZ.- Será una ignorancia.

INSPECTOR SALAS.- Si no fuera ignorancia, sería engaño.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Usted cree que los intestinos pueden engañar?

INSPECTOR SALAS.- Lo único que yo no he tolerado nunca ha sido el engaño. Este puro no es bueno.

HERMANOS GÓMEZ.- Se lo cambio por otro. Puede que esté seco, aunque lo hemos tenido bien guardado.

INSPECTOR SALAS.- Cámbiamelo.

INSPECTOR SALAS.- (Ofreciéndole puros.) Escoja usted a su gusto.

INSPECTOR SALAS.- (Encendiendo un nuevo cigarro.)
¿Tú que opinas de los intestinos, Aurelia?

AURELIA.- La materia no engaña, inspector. **(Llaman a la puerta.)** Lo que sí puede engañar es un mal sueño.

INSPECTOR SALAS.- ¿No han llamado a la puerta?

**(AURELIA y HERMANOS GÓMEZ se miran
desconcertados. Pausa. Vuelven a llamar.)**

INSPECTOR SALAS.- (A HERMANOS GÓMEZ.) Abre.

HERMANOS GÓMEZ.- ¿Quién será?

AURELIA.- Cualquier necesitado.

**(HERMANOS GÓMEZ abre la puerta y entra LAURITA
RUIZ. Va envuelta en un abrigo.)**

LAURITA RUIZ.- Buenas noches... Buenas noches,
Antonio.

INSPECTOR SALAS.- Pasa, Lauri, pasa.

LAURITA RUIZ.- No sabía... No sabía que estuvieras aquí.

INSPECTOR SALAS.- Todavía quedan aceitunas, siéntate.

**(LAURITA RUIZ mira a HERMANOS GÓMEZ y a
AURELIA.)**

HERMANOS GÓMEZ.- Está cerrado. Don Antonio está
aquí porque es de la casa.

AURELIA.- Él puede estar siempre que quiera. Lo que no es razonable es que estés tú aquí, después de habernos dejado a Hermanos Gómez y a mí con la clientela a media bragueta.

INSPECTOR SALAS.- Siéntate, Lauri.

LAURITA RUIZ.- (Después de dudar se sienta y pregunta.) ¿Cómo estás, Antonio?

INSPECTOR SALAS.- Con resaca.

LAURITA RUIZ.- Son defectos de la vida.

INSPECTOR SALAS.- (Colocando la grabadora sobre la mesa.) Te he traído tus memorias.

LAURITA RUIZ.- Hace mucho que no las uso. He cambiado de costumbres.

AURELIA.- Tus costumbres nos han perjudicado mucho, Lauri.

INSPECTOR SALAS.- ¿Qué es lo que ha hecho ella en perjuicio del local?

AURELIA.- Desaparecer sin cumplir contratos. La buscamos para modelo del almanaque, y cuando hizo una clientela se olvidó de nosotros. Hasta hoy, que ella sabrá por qué ha venido.

LAURITA RUIZ.- (Se desentiende de la conversación. Acaricia la cadena rota y el cortafrío que usó para romperla SHERIFF MANHATTAN.) ¿Qué es lo que has entendido, Manhattan?

INSPECTOR SALAS.- El de la moto tiene poco pulso.

LAURITA RUIZ.- No comprende los horóscopos.

INSPECTOR SALAS.- ¿Quieres tomar algo?

LAURITA RUIZ.- Una tónica, quizá me tome.

INSPECTOR SALAS.- ¿Por qué no te sientas?

LAURITA RUIZ.- No vayas a creerte que me apetece.

INSPECTOR SALAS.- (A HERMANOS GÓMEZ y AURELIA, que no han hecho ademán de servir.) ¿Se han acabado las tónicas?

AURELIA.- Si usted quiere que se le sirva una tónica, se le sirve.

LAURITA RUIZ.- Pónmela sin hielo.

HERMANOS GÓMEZ.- Si ustedes quieren hablar de sus cosas, por nosotros no hay inconveniente, nosotros nos retiramos, y si necesitan algo nos avisan.

INSPECTOR SALAS.- Pues sí; nos vamos a quedar un rato.

HERMANOS GÓMEZ.- El tiempo que ustedes quieran.

INSPECTOR SALAS.- Echa el cierre.

(HERMANOS GÓMEZ **duda, pero AURELIA lo anima y él obedece.**)

Apaga las luces, Aurelia.

AURELIA.- (Obedeciendo.) ¿Quiere usted alguna otra cosa?

INSPECTOR SALAS.- Sí. Quiero saber si están todavía en el reservado los clientes del viaje de novios.

AURELIA.- Allí no queda nadie.

INSPECTOR SALAS.- Eso habría que comprobarlo.

AURELIA.- Se fueron, ellos y la compañía, por la salida de emergencia. Usted conoce bien el local. Y puede registrar siempre que quiera.

INSPECTOR SALAS.- No es un registro, es una comprobación.

(Sale. HERMANOS GÓMEZ **le acompaña.**)

LAURITA RUIZ.- ¿Por qué está él aquí?

AURELIA.- Yo que sé ¿Has traído las pruebas?

LAURITA RUIZ.- Sí.

AURELIA.- Dámelas. Deprisa.

LAURITA RUIZ.- ¿Y el dinero?

AURELIA.- ¿Cómo te lo voy a dar ahora?

LAURITA RUIZ.- Pues entonces no hay pruebas.

AURELIA.- Si te las descubre él, va a ser peor.

LAURITA RUIZ.- Necesito el dinero, Aurelia.

AURELIA.- Lo recoges mañana, pero ahora no te comprometas más.

LAURITA RUIZ.- ¿Estuvo aquí Manhattan?

AURELIA.- Sí. Le dije que te esperara en los soportales.

HERMANOS GÓMEZ.- (**Entrando de nuevo junto al INSPECTOR SALAS.**) Ya saben que están ustedes en su casa.

AURELIA.- Aquí tiene usted otra botellita, inspector. Por si le apetece. (**Coloca una nueva botella de vino sobre la mesa.**) Usted se administra a su gusto, que yo, con su permiso, me voy a retirar. (**Sale.**)

INSPECTOR SALAS.- Cierra la puerta de tu habitación, Gómez, ciérrala bien. Contigo y con Aurelia dentro. Si en eso o en cualquier otra cosa hay algún malentendido te aseguro que no vuelves a abrir el local en lo que te quede de vida.

HERMANOS GÓMEZ.- Está entendido, inspector. Pero de nosotros no se preocupe usted, don Antonio. (**Sale.**)

LAURITA RUIZ.- No esperaba que estuvieras aquí. Ha sido una sorpresa.

INSPECTOR SALAS.- Te despediste de mí muy deprisa, Lauri. Tan deprisa que te dejaste en mi casa el equipaje.

LAURITA RUIZ.- El equipaje, no. Dejé allí algunas cosas, pero es porque todavía estoy de mudanza.

INSPECTOR SALAS.- ¿No estarás huyendo de mí?

LAURITA RUIZ.- ¿Por qué iba a huir de ti?

INSPECTOR SALAS.- Te encuentro muy nerviosa.

LAURITA RUIZ.- No sé. Tendré el horóscopo alterado.

INSPECTOR SALAS.- ¿No estarás huyendo de la Justicia?

LAURITA RUIZ.- ¿La Justicia? Esa es una palabra que no he entendido nunca, ya ves. Siempre he creído que eso era algo que no estaba hecho para nosotros.

INSPECTOR SALAS.- La Justicia es un lenguaje entre poderes. Pero nos afecta.

LAURITA RUIZ.- A mí lo que me afecta ahora es el frío. ¿Tú no tienes frío?

INSPECTOR SALAS.- Yo creía que lo peor era el engaño. Pero lo peor no ha sido el engaño.

LAURITA RUIZ.- ¿Qué engaño?

INSPECTOR SALAS.- El día que dejé aquí el llavero con las dos llaves sabía que alguien respondería. Era un experimento. Era una llamada. Lo que no podía imaginar es que fueras tú quien respondiera; que tú existieras. Esa ha sido la desgracia.

LAURITA RUIZ.- ¿Qué dices? ¿De qué llavero hablas?, ¿de qué desgracia?

INSPECTOR SALAS.- He venido a llevarme las pruebas. Las pruebas que tú me has robado. Lo único que no he perdonado nunca ha sido la traición. Y a pesar de todo, si nos siguiéramos viendo, si volvieras conmigo, se podría olvidar. No sé si eres capaz de comprenderlo.

LAURITA RUIZ.- ¿Qué pruebas? ¿Qué tengo yo que comprender?

INSPECTOR SALAS.- Que lo que tú has hecho no se lo perdonaría a nadie, pero contigo es diferente. Contigo todo es posible.

LAURITA RUIZ.- ¿De qué estás hablando?

INSPECTOR SALAS.- Cuando te conocí fue como si en vez de conocer a una mujer hubiera conocido a la otra parte del mundo.

LAURITA RUIZ.- **(Retirándose ante el intento de caricia.)** Ese es el defecto que tienen las ilusiones, pero eso es algo que no tiene nada que ver conmigo. Eso son tus sueños.

INSPECTOR SALAS.- Ha sido como un sueño, pero ha sido verdad.

LAURITA RUIZ.- A veces se pone uno a andar y no sabe a dónde va. Es lo corriente. Te pasa a ti y le pasa a cualquiera.

INSPECTOR SALAS.- A veces pareces una tiniebla, Lauri, necesito tocarte. **(Intenta de nuevo acariciarla. Pero ella lo rechaza bruscamente.)**

LAURITA RUIZ.- Tócate las tinieblas, iluso.

INSPECTOR SALAS.- Es más difícil ser fuerte que ser capaz de querer. Mucho más difícil. Quizá tú no llegues a saberlo nunca.

LAURITA RUIZ.- Ni me importa. Estoy harta de conocimientos. Estoy harta de saber cosas inútiles.

INSPECTOR SALAS.- **(En un último esfuerzo por recuperar todo lo perdido. Suplicante.)** Dame las pruebas.

LAURITA RUIZ.- ¿Qué pruebas?

INSPECTOR SALAS.- Lauri... **(La coge apasionadamente y ella se separa de él con gran violencia.)**

LAURITA RUIZ.- ¡Pero tú qué te has creído, loco de mierda! ¿De qué pruebas hablas? Lo que tú tienes en tu casa no son pruebas, son robos que has hecho, robos de un inspector que no ha sido capaz de cumplir las órdenes, que ni siquiera ha sido capaz de llegar a ser comisario.

INSPECTOR SALAS.- **(Se sienta muy parsimoniosamente. Saca unos guantes del bolsillo y comienza a ponérselos.)** Un sueño. Has sido un sueño de despedida, Lauri. Me hubiera gustado alargar el sueño, pero el mundo no es más que una ignorancia. Y a veces dan ganas de acabar con el mundo.

LAURITA RUIZ.- Acaba con lo que quieras, que yo me voy. Me voy ahora mismo. Aquí te quedas con tus aceitunas y tus pesadillas. **(Se dirige hacia la puerta y levanta el cierre metálico.)** Por si tienes dudas, que lo sepas, entre nosotros no ha habido nada. Nada, excepto lo normal.

INSPECTOR SALAS.- **(Señalando la grabadora.)** Te dejas aquí tus memorias.

LAURITA RUIZ.- Me importan muy poco mis memorias. Pero lo que no quiero es dejarte nada mío para que lo sigas sobando.

(LAURITA RUIZ vuelve por la grabadora, mientras el INSPECTOR SALAS coge del suelo el cortafrío.)

INSPECTOR SALAS.- No has comprendido, Lauri. No has comprendido que no hay límites. **(El INSPECTOR SALAS se levanta muy despacio.)**

LAURITA RUIZ.- (Horrorizada, viendo en la mano enguantada del INSPECTOR SALAS el cortafrío.) ¿Qué haces con eso? ¿Me quieres asustar? ¿Qué vas a hacer?

INSPECTOR SALAS.- (Avanzando hacia ella.) Las entrañas también se tocan.

LAURITA RUIZ.- ¿Qué vas a hacer!

(El INSPECTOR SALAS se acerca a LAURITA RUIZ, que intenta huir, se siente acorralada y grita.)

¡No! ¡No lo hagas! ¡Espera! ¡Es una locura! ¡Volveré contigo!
¡No lo hagas! ¡Volveré!

(El INSPECTOR SALAS clava de un golpe certero el cortafrío en el pecho de LAURITA RUIZ. Ella va cayendo al suelo, en donde queda inerte. Él se arrodilla, registra su abrigo, saca de él unos papeles que suponemos son las pruebas robadas y un llavero con dos llaves. Se levanta diciendo.)

INSPECTOR SALAS.- No van quedando mujeres femeninas. **(Se guarda las pruebas y el llavero, recoge la grabadora con las memorias de ella, se la guarda, se quita los guantes y grita.)** ¡Aurelia! ¡Aurelia, ven inmediatamente!

AURELIA.- (Como una aparición.) ¿Necesita usted algo, inspector?

INSPECTOR SALAS.- Sí. Ha pasado una desgracia. El loco de la moto ha vuelto y ha hecho esta salvajada. Ha sido en mi presencia, Aurelia. ¡En mi presencia, y no he podido evitarlo!

HERMANOS GÓMEZ.- (Aparece encendiendo luces.)
Echa el cierre, Aurelia.

(AURELIA obedece. HERMANOS GÓMEZ se arrodilla junto a LAURITA RUIZ. La mira. Se levanta en silencio y se retira como un animal herido.)

AURELIA.- Mujeres así son un compromiso. Un peligro grande.

INSPECTOR SALAS.- He hecho lo que he podido, pero no ha sido posible evitarlo. Ni siquiera siendo inspector.

AURELIA.- Uno hace lo que puede, pero la naturaleza es muy inconsciente. (Pausa, lo mira.) Ha sido el de la moto, ¿verdad?

INSPECTOR SALAS.- Sí, él ha sido.

AURELIA.- No se preocupe, usted, don Antonio. Ella lo ha visto todo y no va a haber ningún problema.

(Señala hacia uno de los almanaques y comprobamos que la modelo es de nuevo una mujer real; que se incorpora y sale del almanaque, dirigiéndose hacia el INSPECTOR SALAS, mientras AURELIA explica.)

Es Nati, de mucha confianza.

TELÓN FINAL

